

El Afecto y la Psicología. Chismes desde fuera

Affection and Psychology. Gossip from the Outside

Alí Lara

Universidad Pedagógica Nacional (México)

Resumen. En este texto te cuento mi versión de la relación entre los estudios contemporáneos del afecto y la psicología. Pa' eso te tengo que contar los orígenes teóricos del afecto al interior de la teoría psicoanalítica y la psicología fisiológica y cómo después esas ideas fueron adoptadas por aproximaciones ajenas a la psicología para construir los estudios del afecto. Te cuento también qué anda diciendo la psicología social crítica sobre los estudios del afecto y te cuento por qué yo creo que se andan quejando tanto. Termino contando que el afecto se ha de hacer desde fuera de la psicología.

Palabras clave: afecto, psicología, psicoanálisis, psicofisiología, psicología crítica

Abstract. In this text, I'll share my perspective on the relationship between contemporary affect studies and psychology. To do this, I need to explain the theoretical origins of affect within psychoanalytic theory and physiological psychology, and how these ideas were later adopted by approaches outside of psychology to construct affect studies. I'll also discuss what critical social psychology is saying about affect studies and why I think they're complaining so much. I'll conclude by stating that affect studies must be approached from outside the field of psychology.

Keywords: affect, psychology, psychoanalysis, psychophysiology, critical psychology

Empezaré por perder. No puede ser de otra manera. En la academia mostrarte es perder, eso tu ya lo sabes. Pero esconderse en la escritura es de cobardes, o peor, de positivistas. Me toca pues abordar una serie de chismes, de dimes y diretes que he visto entretenerse en los últimos diecisiete años, mientras anduve por ahí y en los que resulté embarrado, a veces sin que-

rer, a veces queriendo poquito, y otras tantas fui voluntaria y ferozmente a embarrarme de caca hasta el cuello. Llegué a pensar que me quedaría así. Pero aquí estamos. Escribo estas palabras en el asqueroso idioma de nuestros colonizadores, en el que no escribo hace diez años, por andar escribiendo en otro aún más asqueroso y aún más colonizador. Escribo en español-mexicano porque este chisme es para ti. Escribo asíⁱ. También porque ya no ando por allá, ya me regresé a Mexiquito lindo y querido de dónde ya no me saca ni dios, ni mis sueños de niño colonizado, ni los chanchuyos de las universidades e instituciones que secuestran las plazas para su gente y mantienen así el nivel mediocre de las universidades. Si por tu raza hablará tu espíritu y si tu casa está abierta al tiempo: te escribo también a ti que no fuiste mi estudiante y no te pude enseñar esto en un salón de clases porque no me dejaron. Me regresé también por ti, y te busco con estas palabras como te he buscado por el mundo, como quien busca bandita chida pa' cotorrear a gusto. Acabo de volver y a ti, a ti te traje este regalito. Te traje el chisme del afecto y la psicología, de cómo una disciplina históricamente aliada al poder se topó un día con unas ideas nuevas sobre lo que sentimos, ideas que parecían ajenas, pero que antes habían sido familiares. Estas ideas que salieron de la psicología se habían ido a dar la vuelta por otros lados y traían chismes de fuera, tons costaba un rato y un poco de voluntad reconocerlas como propias. Y bueno, a la psicología no le hizo mucha gracia. Esto se ha contado de muchas formas, ahí te va la mía:

Todo comenzó... pues según quien te lo cuente ¿no? Para mi empezó en Barcelona, por ahí del 2008 cuando intentaba escribir lo que se siente ir a los toros, lo que se siente que te gusten, que no te gusten, que quieras que los prohíban, que no quieras, y así. En esos años yo solía decir que escribía sobre el papel de las emociones en un proceso de modificación de una ley (Lara, 2012). Era justamente ese proceso de prohibición de las corridas de toros en Catalunya que se consumó en el 2012 y que yo agarré de pretexto pa' sacarme el doctorado. El pedo fue que lo que yo sabía sobre las emociones venía justo de la formación construccionista y medio postmo que allá se daba. Al principio no estaba mal, me leí la construcción social de las emociones del Harré (1986) y la tradición que a partir de ahí extiende los principios construccionistas a la antropología (Lutz y Abu-Lughod, 1990), a la historia (Sterns y Sterns, 1985), a la sociología (Hochschild, 1990), a la lingüística (Wierzbicka, 1992) y hasta al feminismo (Jaggar, 1989). Y ahí andaba yo, muy contento repitiendo que lo que sentimos se construye socialmente y que lo puedes entender si miras las normas socioculturales que regulan su expresión. Ahí andaba yo, pensando que la batalla estaba ganada porque le habíamos arrancado el estudio de las emociones a la biología y ahora era un fenómeno social, saltando de gusto con la autocomplacencia y auto referencialidad característica del construccionismo. Entonces, pasó que cuando solté los libros y me fui al campo me llevé un chasco. Vi una manifestación enérgica afuera de la plaza de toros con gente indignada y pintada de rojo que me enchinó el cuero; conocí a un señor que hacía eso mismo cada jueves afuera del ayuntamiento -el Jaume- me caía re bien; conocí también a los que se organizaban para salvar la tradición, fui a sus fiestas,

bailé y me emborraché con ellos; fui a las sesiones del parlamento en las que se debatió si debían o no prohibirse. Ahí paso de todo. Ahí sentí de todo. Por aquellos años yo entendía muy poco, pero alcancé a entender una cosa: mi construccionismo me alcanzaba para hablar de lo que la gente dice que siente, no de lo que la gente sienteⁱⁱ. Algunas de esas cosas no se pueden ni decir. Eso requería mirar al cuerpo, y el cuerpo juega a otra cosa.

Total, que un día vino a Barcelona un profe, el Paul Stenner, a contar que había una cosa llamada “los estudios del afecto”, que según habían cambiado la forma de producir conocimiento e inaugurado un tal “giro afectivo”. Pa’ no hacerte el cuento largo me fui a Brighton con él, a una estancia y a intentar aprender algo del tal giro, que resulta que entonces solo existía en inglés. Aprendí, pero no todo. Porque Paul es un psicólogo que hacía psicología y la cosa era más grande que eso. Así que luego agarré pa’ Sidney, con la Niamh Stephenson, a otra estancia, pos a seguirle aprendiendo. Y ahí algo más se me pegó. O me pegó. Duro. Y algo se me rompió. Intentando explicarlo me di cuenta que a otros ya se les había roto, que no era yo, que esa madre se rompía pronto, que el subidón postestructuralista y discursivo ya apestaba a rancio porque obviamente había caducado hacía rato aunque muchos insistieran en hacer ver que noⁱⁱⁱ. Los cuerpos que permanecían ocultos y negados no podían quedarse así, porque los cuerpos huelen y entre más pasa el tiempo más huelen.

¿Qué es el afecto?

Resulta que los entonces emergentes estudios del afecto eran muchas cosas diferentes. En Sidney me colé de oyente en un seminario de Melissa Gregg, que acababa de publicar el primer “*Affect Theory Reader*” junto con mi compa el Gregory Seigworth (Gregg y Seigworth 2010). Melissa no habló de afecto en ese curso, pero luego pudimos echar cafecito y platicar del *Reader*, y ahí le entendí un poquito más. En ese libro describían el campo de los estudios del afecto como “un inventario de destellos” que tenían en común el interés por el cuerpo y sus capacidades, y poco más, el resto lo tuvieron que explicar en ocho categorías con diferentes influencias teóricas, gestos metodológicos, compromisos políticos y resulta que hasta diferentes ideas de lo que era el afecto, y obvio había una novena categoría de excepciones con lo que todo quedaba aún menos definido. Aunque ya cuando te leías los capítulos te dabas cuenta de que ahí reinaba una tradición deleuziana y unos trabajos de influencia psicoanalítica, y luego ya había excepciones que te hacían irte con la finta de que el campo era megadiverso. La neta, al principio parecía que el afecto era cualquier cosa. Al campo le llevó unos años madurar y algunas de sus expresiones tempranas se quedaron como parte de su historia, pero ya no figuran en su panorama contemporáneo. El mismo Gregory sacó hace no mucho el tomo dos del *Reader* (Seigworth y Pedwell 2023) en dónde ya definen un campo de estudios menos caótico, más unificado.

Como ni el primer *reader*, ni ningún monográfico, número especial, compilado o texto de autor me dejaba satisfecho porque no explicaban ni definía el afecto (i.e. Blackman y Cromby 2007, Clough y Halley 2007, Blackman y Ven 2010) o eso le parecía a mi yo doctorante, decidí escribir mi propia explicación del afecto y su giro (Lara y Enciso 2013). Tampoco me salió. Denme chance, ¡era mi primer artículo! Aunque resultó ser el primer texto sobre este movimiento académico escrito en la lengua del loco de los molinos. A ese le siguieron un par más en los que contaba cómo estudiábamos lo que sentimos antes del giro (Enciso y Lara 2014), cómo se encontraron el afecto y la ciencia dura (Lara y Enciso 2014), y cómo se le incorporaba la filosofía de los procesos (Lara 2015). Hay que juntarlos, quizá entre todos se haga uno, me dijeron por ahí. Pero a mí me tocaba asumir que yo no estaba listo para explicarle nada a nadie y que era mejor idea jugar con el juguete un rato pa' entenderle mejor, practicar, hacerme de una destreza pa' tener algo que contar.

En esos textos ya contaba que el afecto es un evento de modificación mutua de las capacidades de los cuerpos que ocurre cuando dos cuerpos se encuentran. También que dicho evento afectivo es independiente de su interpretación consciente, su representación simbólica, su socialización lingüística, que todo eso pasa después y ya es otra cosa, la emoción le dice el Massumi (2002). Osea, que el afecto pasa antes de que te enteres y cuando quieres nombrarlo ya estás hablando de algo más. No llegas. Entérate. También, en esos textos ya contaba que el señalamiento de un evento pre-individual venía de un interés en superar la obsesión con el lenguaje, heredada del postestructuralismo, y que como ya dijimos se rompe fácil. Ahí apareció el Baruch Spinoza (1663) como el pensador del que nos agarramos pa' echar a andar nuestro giro. Su filosofía anticartesiana, antiesencialista y procesual se centraba en el cuerpo y lo entendía como un epicentro de capacidades improbables e indeterminadas, “nadie sabe lo que puede hacer un cuerpo”, decía el Baruch. Si no sabemos, al menos podemos imaginarlo, decía yo. Y para eso están los encuentros entre los cuerpos que era donde la cosa cambiaba, de ahí que Spinoza sugiriera que el afecto es la capacidad de afectar y ser afectado. Así que el estudio de la organización de las capacidades de los cuerpos se volvió nuestra bandera y hacíamos preguntas tipo ¿Qué debilita al cuerpo? ¿Qué lo hace más fuerte? ¿Qué lo mata? ¿Qué lo mantiene vivo? ¿Qué lo hace envejecer? ¿Qué lo enferma? ¿Qué lo llena de vitalidad?

Spinoza dejó escrita su ética antes de enloquecer y huir a organizar peleas entre arañas en el bosque, y ahí dio chance de que otros lo leyeran, aunque fuera unos siglos más tarde. Así que a los que estamos vivos nos llegó la retórica de las capacidades y potencialidades del cuerpo vía Bergson, Whitehead, Deleuze, Guattari, James, Simondon y algún otro. Para efectos de este chisme, aguanta con saber que lo que esos señores tenían en común era que compartían la impronta de las filosofías de los procesos, es decir, hacían una filosofía despreocupada por lo que las cosas son y más bien entretenida con lo que las cosas hacen y lo que les pasa cuando hacen cosas, su devenir le decía el Deleu-

ze. Esta no era la filosofía del postestructuralismo a la que estábamos acostumbrados. Aquí la relación con las ciencias duras se replanteó y sirvió pa' generar la retórica de los estudios del afecto. Así que los términos que usamos hoy para describir los eventos afectivos vienen ya sea de la ciencia, o bien de su hermana bastarda: la psicología.

Lo que también forma parte de la narrativa oficial de los estudios del afecto son sus obras fundacionales. Ahí casi todo mundo coincide en señalar "*The authonomy of Affect*" del Massumi (1995) y "*Shame in the cybernetic fold*" de Sedgwick y Frank (1995) como los primeros textos. Se les suele atribuir a Massumi el inicio de la línea más especulativa basada en las ideas de Deleuze y a Sedgwick la línea queer influenciada por Silvan Tomkins. Esa parte del chisme ya la he contado (Lara y Enciso, 2013). Lo que no te conté ahí y que la banda tampoco te cuenta es la parte del chisme que implica a la psicología: Verás, hubo un tercer texto, "*The transmission of Affect*", de Teresa Brennan (2004). A ese la neta yo sí le otorgo el estatus de fundacional de los estudios del afecto, porque ese libro condensa una tradición conceptual en psicología que aborda las capacidades comunicativas del cuerpo y toda la bola de conceptos que utilizamos pa' eso como la mimesis, la transmisión, el contagio, la sincronización, la sugestión y hasta la influencia. Teresa le sabía chingón a la teoría psicoanalítica^{iv}, pero además ese libro contiene las influencias de la psicología de las masas de Le Bon, de la psicología de los grupos de Allport y Turner, de la psicología del desarrollo de Stern, y obvio Freud, y Lacan; bueno, hasta las representaciones del Mosco(vici) estaban ahí. Toda esa banda puesta a dialogar con la biología molecular pa' explicar la transmisión del afecto como un fenómeno de origen social, pero de repercusiones materiales orgánicas.

¡Chulada de teoría! Te cuento más de Teresa al rato, pero por ahora lo que quiero señalar es que mientras por un lado los estudios culturales, la sociología, la geografía y la teoría de media hicieron de Massumi su diva en lentejuelas; por otro lado, los estudios de género, la teoría queer y (otros) estudios culturales pusieron en su altar a Sedgwick; y mientras todo eso pasaba a Brennan no la pelamos mucho en la psicología. Tristemente inauguró una tradición que no existe. Así que ahí perdimos nuestra invitación a la fiesta de bienvenida del afecto. ¿Ya viste pa' dónde vamos? ¿Ya sabes porque despreciamos la herencia teórica que Teresa nos ofreció peladita y en la boca? Traqui, si aún no te cae el veinte ahorita te va a caer.

Otra cosa de la que hay que hablar si se quiere entender qué es el afecto es la broncota de estudiar algo que sucede antes de que puedas hablar de ello. Todas las herramientas que teníamos estaban pensadas para analizar palabras o acciones. Y no se puede jugar a las canicas con pelota. Así que tocó inventarse los recursos analíticos y las lógicas para usar esos recursos. Mi adorada mentora Patricia Clough, nos resolvió la bronca con una chingonería de concepto: lo infraempírico (Clough 2008). La idea es que el afecto no es accesible por medios empíricos sino especulativos, se tiene que agarrar de otra manera, conceptualmente en lugar de empíricamente. Y para eso, hacía falta abandonar

la lógica empiricista -con su impronta violenta y colonizadora^v-. Por eso decimos que el giro afectivo implica una descentralización de la epistemología en la producción de conocimiento y una orientación más ontológica. De ahí también que no exista un método para el estudio del afecto, si les dicen lo contrario huyan desesperadamente en dirección opuesta. Pero no se paniqueen, no hay método, pero si hay “formas”, la teorización sin base empírica, la descripción-especulación, y la escritura experimental ;) ya son lugares comunes que te cuento con algún detalle en otros lados (Lara 2021a y 2021b). En fin, que el afecto y su giro son antiempiricistas. Igual encuentras una discusión detallada del debate metodológico en los estudios del afecto en la intro de mi mapeo de los estudios del afecto (Lara, 2020)

Creo que ya nomás falta hablar de los compromisos políticos anticapitalistas de los estudios del afecto. Aquí el compromiso anti-capitalista se expresa con una preocupación por la manipulación de las capacidades en los cuerpos de las poblaciones, por ejemplo la noción de *-assamblages-* se ha utilizado para señalar la disminución de capacidades orgánicas y cognitivas en poblaciones racializadas como en Palestina (Puar 2018), o conceptos como el “firing” o disparo de actividad neuronal provocado para redireccionar comportamientos como comer, para engordar y enfermar a poblaciones migrantes (Lara 2018). Los estudios del afecto, se interesaron por la manipulación a distancia de los procesos afectivos de los cuerpos y se dieron cuenta que esto le pasaba a poblaciones específicas y que entonces, nuestros procesos afectivos ya no eran individuales -la neta nunca lo fueron, pero si los estudiábamos como si lo fueran-. Estamos de hecho en un estado del capitalismo racial en el que éste genera ensamblajes materiales para redireccionar los flujos afectivos de los cuerpos. Osea, que nos hacen como quieren. O más bien, nos hacen sentir como ellos entienden que se deben sentir los negros y prietos, mujeres, jodidos, maricones, tullidos, locos y todos los que no somos ellos. Y pa’ los blancos en el poder -que son todos- lo que debería pasar con nosotres es que deberíamos estar muertos, o muriéndonos, así que las tecnologías capitalistas de manipulación de los flujos afectivos son un dispositivo necropolítico de los que cuenta el Mbembe (2009) ¿lo ves? No es capricho. ¡Toca estudiar el afecto porque es lo que usan pa’ matarnos!

Aunque también es otras cosas, el afecto del que les estoy contando es así, materialista, anticapitalista, antiempiricista, especulativo, desindividualizante, de orígenes transdisciplinarios, basado en las filosofías de los procesos, pero sobre todo desinteresado por lo simbólico y le hace getas al lenguaje. Así que la cosa se puso buena. Y ya saben que cuando te pones buena empiezan las envidias en el barrio y peor aún si tu barrio es la academia. Y bueno, cuando todas esas cualidades del afecto se hicieron explícitas ¿quién creen que fue la primera envidiosa que saltó? Pos tu tía, la que es señora bien: la psicología.

Yo volví a Barcelona. Defendí. Fui doctor. ¿has comido en un lugar fresa, todo bonito, pero en el que te dan poquito y sales con más hambre de la que llevabas? Pos has de cuenta. En ese punto ya me había quedado claro que la

psicología se gusta mucho a sí misma. Está encantada de conocerse la muy ridícula. Pero como ya había probado la promiscuidad disciplinaria y me gustó, agarré mis chivas y me fui pal gabacho. Me fui de la psicología un rato, o lo intenté. Está chido ver desde fuera, la perspectiva aclara. Aunque cueste. Está chido también llorar en tierra ajena, las lágrimas también aclaran. En Nueva York, en la CUNY, en el postdoc, en el departamento de sociología, con la Patricia Clough, rodeado de una banda de torcidos intelectuales, desde allá afuera, me vi de lejos, te vi a ti, nos vi a todes, y vi a la psicología:

El afecto es la psicología por otros medios

Eso significa que el afecto no es y no puede ser la psicología como la conocemos. Pero el afecto si fue la psicología, al menos al principio, aunque luego ya no. Más bien, ahora el afecto es lo que la psicología debió haber sido: el estudio material de la producción subjetiva. Pa' entender eso toca contar como ha estado la cosa entre el afecto y la psicología. Si bien las diferentes líneas de los estudios del afecto -quizá con la excepción de la Deleuziana- tienen en su origen alguna psicología, creo que en todos los casos le tuvieron que arreglar algo, hacerle una modificación teórica profunda a esa psicología y sacarla de su marco epistémico para que pudiera ser útil a los estudios del afecto. Ahora te voy a contar cómo empezó la cosa entre el afecto en la psicología, qué agarramos de eso pa los estudios del afecto, qué le quitamos y porqué, y además qué anda diciendo la psicología de estos días sobre el afecto. Te advierto que aquí empieza la parte fuerte del chisme, así que agárrate, que ahora si amos a despotricar sabroso:

La psicología psicoanalítica

Al principio, Freud ya oponía el afecto y la razón/representación... tons, con esas bases cartesianas era difícil que la psicología entendiera que uno venía del otro cuando su creencia era que uno (el afecto) evitaba el otro (el raciocinio). Improbablemente simultáneos porque “la reflexión es una actividad que consume tiempo del ego, lo que no puede ocurrir cuando hay un nivel fuerte de afecto” (Freud, 1966, 358), el afecto y la razón eran mutuamente excluyentes. No hay tiempo para reflexionar: el afecto actúa. Seigworth ha explicado lo complicado y contraintuitivo del lugar del afecto en el trabajo de Freud “el afecto parecía simultáneamente demasiado difícil de manejar para ser teorizado, y sin embargo muy enredado con los engranajes del proceso consciente/inconsciente para ser ignorado” (2003, 76). Entonces, a pesar de que Freud insistiera recurrentemente en dar un lugar al afecto en su teoría este sucumbió en favor del proceso de representación de la mente que se terminó volviendo el epicentro de la teoría en consonancia con su proyecto de establecer la psicología como una ‘ciencia natural’. Pero la historia entre el afecto y la teoría psicoanalítica es un poco más complicada que sólo Freud y su inclinación representacionista, ésta cobró va-

rias formas a lo largo de su carrera y sus consabidas varias etapas; Freud regresó cada vez a la noción de afecto para decir algo más -siempre crucial- sobre sus funciones, a pesar de siempre insistir en su falta de protagonismo para el proyecto de la psicología. André Green (1999) también notó el histeriqueo entre Freud y el afecto y propuso entenderlo en tres etapas^{vi}, deja m'agarro de ahí pa' chismearte bien qué dijo Freud del afecto.

En los textos sobre Histeria Freud desarrolla una primera aproximación al afecto entendiéndolo como “excitación del sistema nervioso” que se manifiesta “a veces como inhibidor, o irritante, y es desplazado dentro del sistema nervioso con gran libertad” (2001, I, p. 49). Esta energía afectiva tiene una función mitigante en relación con los procesos racionales, es sobre ellos que aplica su fuerza y los opaca. Generando así un desbalance sobre la distribución habitual de cantidades estables de energía sobre el sistema nervioso. Aquí es importante notar que la relación entre afecto y razón es de desbordamiento energético, el afecto agota la razón, esto se hace especialmente claro si miramos el tratamiento del afecto de Freud en términos de un “desborde cuantitativo” a través de la actividad física. Para Freud, “cada evento, cada impresión física está provista de una cierta cuota de afecto (Affektbetrag) de la cual el ego se despoja ya sea a través de la reacción motora o a través de actividad física asociativa” (2001, I, pp. 171-2). A partir de esta primera etapa y en general, el afecto para Freud es un evento cuantitativo^{vii}.

Entonces, el afecto es un chingo y la razón se paniquea si está cerca. Según Freud toda la vorágine afectiva que compromete y desbalancea el raciocinio puede ser mitigado, precisamente, con el dispositivo racional del lenguaje. Aunque después va a cambiar de opinión, por estas épocas andaba diciendo que “el lenguaje sirve como sustituto de la acción; con su ayuda, un afecto puede ser ‘abreviado’ casi con efectividad” (S.E., II, p.8). Freud otorga aquí al lenguaje un potencial domador del afecto. Para la publicación de “Proyecto para una psicología científica” en 1895, el afecto ya no es “una excitación en el sistema nervioso” como al principio, ahora es más “una descarga interna, endógena y secretora” que implica el entorpecimiento de la gestión racional. Y de intensidad tal que compromete funciones del ego y la claridad del pensamiento con efectos como “el olvido de las asociaciones, un declinamiento en la capacidad para la selección y lógica, y por el uso de caminos abandonados, en particular los que llevan a la descarga” (Green, 25). Por estas características Freud llegó a proponer que el proceso afectivo se aproxima al proceso primario de desinhibición. ¿lo ves? el afecto desencadena al monstruo, al ello. Así pues, el ego adopta la función de inhibir al desinhibidor, domar el afecto. Ósea, que al ego le urge interrumpir el proceso afectivo para que no haya descarga de cantidades paralizantes y el pensamiento se pueda desplegar. Y ¿cómo se logra esto? Green cree que “a través de *la atención, alertar las señales y habilitar el establecimiento de una defensa, el ego inhibe el proceso primario.*” (Green, 25, mis cursivas). Ósea, activando las alarmas: Ego, apunta y doma. Tirándole al “blanco”, racionalmente, como la psicología.

Esta relación independiente, casi antónima, entre el afecto y la razón-representación se extiende hasta las contribuciones sobre la interpretación de los sueños en el que la idea era que el material ideacional ha atravesado desplazamientos y sustituciones, mientras que los afectos han permanecido inalterados. Ahí es importante notar que la relativa independencia del afecto y la representación empieza a matizarse cuando hablamos de que estos afectos nocturnos están atados a contenido representativo y a una visión de satisfacción del deseo presentada en el sueño. Los afectos se transforman en sueños como formas de represión, a través de la supresión, el desplazamiento, la substracción, la recesión y el fortalecimiento por otras fuentes afectivas. Así en la interpretación de los sueños es claro que en esta primera etapa de Freud el afecto reprime ideas y puede ser reprimido por estas. Si esta primera etapa se caracteriza por la oposición entre representación y afecto, la segunda etapa se enfoca más en examinar cuidadosamente los detalles de su interacción más que en definir las como mutuamente excluyentes. Sobre todo, a partir de los insights sobre la relación entre el afecto y el inconsciente.

En esta segunda etapa Freud se enfoca en el estudio del desplazamiento, el reverso opuesto y la ambivalencia, estos desarrollos incitarán una consideración más detallada de la oposición afecto/representación. Verán, resulta que el Freud se topó con un exsoldado que tenía pesadillas con ratas destrozando el ano de su amadísimo y difunto padre y de su también amadísima prometida, ese caso hizo a Freud notar que sentimientos de hostilidad o impulsos agresivos pueden convivir perfectamente con el amor, aunque en teoría sean opuestos. En el estudio de *El hombre de las ratas*, el Freud cuenta que “la vida emocional de un hombre está en general hecha de contrarios como estos” y que “los sentimientos opuestos pueden sobrevivir simultáneamente” (S.E., X, p.113), produciendo la sensación de ambivalencia. Entonces el mecanismo de represión que procede al reverso del afecto presupone la existencia de la doble estructura del afecto. Habría una vuelta a su opuesto solo porque los pares contrastantes están ahí desde el principio. En el mismo caso la neurosis nos muestra el otro gran mecanismo del afecto, “la separación de la representación y el afecto, y el remplazo de un representante significativo, congruente con el afecto, por uno insignificante”, el desplazamiento. Es decir, nuestro hombre rata no puede abrazar la fantasía de que el padre rico muera y le herede, entonces entretiene una representación con menos sentido pero que igual moviliza su sentir: al padre le come el ano una rata. Aquí ya da la impresión de que el afecto y la representación no están simplemente opuestos sin mayor implicación, sino que hay un vínculo con la idea que acompaña al afecto, y el desplazamiento a su opuesto sucede para que la descarga pueda darse de cualquier manera. Es el afecto escabulléndose incógnito justo hacia el centro del escenario. El ego viene y le pide que se baje, pero el afecto regresa disfrazado y por otra entrada, así que el ego no se entera esta vez y el afecto se manifiesta a pesar del dispositivo inhibidor.

En la neurosis también se hace claro el intento del ego y el pensamiento por dominar el afecto lo que trae como consecuencia el regreso del propio afecto. De manera que la oposición mutuamente desbordante de la primera etapa aquí se parece más a una relación cíclica en donde el desbordamiento es permanentemente transformador y no extintor de la dinámica afecto/representación. La relación del afecto con la representación incluye técnicas sofisticadas de escaqueo que revelan que el contenido de esa representación es dinamizador del afecto. O sea, que afecto y representación no son independientes en esta segunda etapa de Freud, más bien necesitan viajar juntos para mantenerse separados. Aquí se vuelve claro, al menos por un momento, que hay una representación anclada al afecto^{viii} y que es a través de esta que las dinámicas afectivas se pueden conocer, aunque solo sea siguiendo un rastro eterno, uno que no puedas seguirlo hasta el final. A la complicada dupla afecto/representación se le unen las vicisitudes del otro par favorito de Freud, consciente/inconsciente, en donde estos últimos se pelean por ver quien puede alinear al afecto/representación dentro de su agenda. Como era de esperarse, la consciencia tiene poca fuerza de agarre ante el afecto y el inconsciente solo puede apropiarse de la representación aprovechando un desplazamiento para introducir la carga afectiva que tuerce la representación. Enredadísimo. Entonces ante esta falta de agarre la preocupación de Freud se vuelve administrativa, las preguntas que se hacía al respecto, eran sobre la posibilidad de controlarlo, hacerlo perceptible, y ultimadamente consciente para su administración^{ix}.

En la tercera y última etapa descrita por Green, Freud ofrece ideas sobre la dinámica entre el consciente, el inconsciente y el afecto. Para Freud, la consciencia es el resultado del contacto entre el mundo y el cuerpo humano equipado con su aparato perceptual, de manera que este cuerpo recibe información sobre los alrededores (con los sentidos) pero también sobre los procesos internos (sentimientos) y ambos tipos son, desde siempre ya conscientes. Así, la percepción es una especie de antesala y camino único para la consciencia. Esto tiene una implicación muy importante para la concepción del pensamiento en Freud, “el proceso de pensamiento son actos de catexis que operan de acuerdo a modalidades muy lejanas a la percepción. Está desprovisto de consciencia y en consecuencia de calidad. El proceso de pensamiento son desplazamientos de pequeñas cantidades de energía mental que son producidas cuando esta energía mental se mueve hacia la acción” (Green, p. 44). Lo curioso aquí es que estos pensamientos pueden tener su origen en el material crudo y desconocido que habita el inconsciente, o pueden estar informadas por la presentación de las cosas en el mundo, es decir la percepción es antesala de la consciencia. Esta diferencia es importante porque da lugar a ideas inconscientes e ideas preconscientes así como a la teoría de que para traer algo a la consciencia hay que conectarlo con la presentación del mundo que ofrece la percepción^x. Es en esta etapa donde Freud finalmente aborda la relación entre el afecto y el lenguaje, que es subyacente a la problemática de la relación entre la representación y el afecto central en toda su obra. Green explica que los avances en esta tercera etapa dependían directamente del abandono de la comprensión del inconsciente

como un sistema compuesto únicamente de ideas/representaciones/contenido carente de cualidad (porque no son conscientes) y en necesidad urgente de ser reprimido, en lugar de esto, en el segundo capítulo de *El yo y el ello* Freud avanzó hacia la comprensión de diversos estados de inconsciente, grados, formas diversas de acceder al consciente. Entre esos insights está la aclaración de que las percepciones internas (sentimientos) son mucho más primarias y elementales que las percepciones externas y entonces esto quiere decir, que incluso si el afecto se permite ser expresado por el lenguaje, el primero permanece invariablemente por fuera del segundo. La característica esencial del afecto (en esta etapa) es que transita un camino exclusivo de sus dinámicas y que conecta directamente el consciente y el inconsciente, con la percepción como herramienta administrativa del afecto.

Las contribuciones a la comprensión del afecto en la obra de Freud no se pueden agotar en un par de páginas^{xi}. Además, los insights de Freud sobre el afecto han sido revisados y extendidos por Mikkel Broch-Jacobsen (1992) quien sugiere que el vínculo afectivo o autoafección es la condición de posibilidad para la identificación primaria a partir de la cual surge el ego y todos los vínculos sociales posteriores. Aquí tampoco contamos todo eso, yo me he enfocado más bien en el papel de la relación afecto/representación en los distintos momentos de la teoría en Freud, porque como veremos en breve, esa tensión es la mitad de la herencia del psicoanálisis a los estudios contemporáneos del afecto. En fin, qué si no se puede hacer justicia a las contribuciones a la teoría del afecto de Freud en unas páginas, mucho menos al resto de la tradición psicoanalítica^{xii}. La cosa estaba empezandito nomás. Después de los señalamientos atormentados de Freud han pasado muchas cosas en la tradición psicoanalítica, pero en lo que respecta al chisme del afecto pasaron dos cosas concretas. La primera es que el heredero al trono psicoanalítico, Lacan, fue menos tímido que Freud y no tuvo reparo en convertir a la representación, o significación como él le dice, en el motor dinamizador de la estructura psíquica y epicentro de la teoría psicoanalítica. En donde la relevancia del afecto estaría en su relación con el lenguaje^{xiii}. Algunos psicoanalistas se sacaron de onda porque vieron ahí un olvido y negligencia hacia el cuerpo y del afecto (Laplanche & Pontalis 2018); mientras que otros como Colette Soler (2015) se dieron a la tarea de revisar sistemáticamente los textos de Lacan para extraer y organizar los insights sobre el afecto que ahí había y poder ofrecer la teoría, a partir de su trabajo, que él no ofreció porque el afecto nunca fue central para su proyecto. La segunda cosa que paso, interesantísima, es que otros tantos autores psicoanalistas si agarraron al afecto por los cuernos, curiosamente, llevándose a la teoría y al afecto lejos del mundo de las representaciones y estructuras simbólicas: hacia el mundo del infante. Aquí cometeré la arbitrariedad de agregar unas notas sobre el trabajo de Klein, Winnicott y el Stern, saltándome de la manera más injusta las contribuciones de Laplanche, Bion, Hartmann y un chingo más, pero lo hago así porque a Klein y Winnicott les gustaban los objetos y a Stern los cuerpos comunicándose, y son precisamente los cuerpos y los objetos quienes concen-

tran la segunda mitad de la herencia psicoanalítica en los estudios contemporáneos del afecto.

Melanie Klein puso la actividad afectiva al centro de la teoría psicoanalítica con su tratamiento de la relación entre el ego y los objetos sobre los cuales el infante proyecta su sentir. Su relación afectiva con los objetos se caracteriza por una suerte de animismo en que estos objetos ganan propiedades psicológicas que despiertan sentimientos en el infante. Esta orientación fue continuada por autores que se alejaron de la influencia de Klein, como Winnicott, cuyo trabajo muestra que el concepto de “bebé” no existe y que es necesario incluir a la madre en la dupla indisoluble que forman. La madre se vuelve entonces una suerte de objeto primario y fundante del individuo. Estas contribuciones en términos de la teoría psicoanalítica de los objetos inspiran expresiones contemporáneas en los estudios del afecto como Walkerdine (2007, Walkerdine y Jimenez 2012) o Wendy Holloway (2012), pero yo creo que su mejor exponente más compleja es Patricia Clough (2018) que además actualiza la posición vinculándola a la triple O u ontología orientada al objeto en la tradición filosófica continental para desgranar la relación entre el inconsciente no-humano y la tecnología de media. Siempre están además Jacob Johanssen (2018) desde los estudios de media y Lauren Berlant (2012) desde los estudios culturales con sus respectivos granitos de arena. El otro que tiene grandes aportes desde la teoría psicoanalítica del desarrollo es el Daniel Stern (1985). A diferencia de Klein y Winnicott, Sterns ofrece una perspectiva relacional del mundo del infante en la que es el cuerpo, y no los objetos, el mediador orgánico y principal de las interacciones sostenidas mayoritariamente con la madre. Por ejemplo, en el sentido del yo emergente, Stern (1985) sugiere que el aprendizaje es dirigido por lo que él denomina afectos vitales (ver también Stern 2010) como la percepción modal correspondiente a esta etapa. Pero es quizá en la etapa del sentido del yo central dónde profundiza en el intercambio afectivo trans-modal y sugiere conceptos de gran importancia para los estudios del afecto como el “attunement” que aquí vamos a traducir como “sincronización” y que ha sido utilizado para hablar de sistemas de comunicación corpórea no semánticos (Lara 2017) o la relación material afectiva entre los cuerpos y los ambientes como en el concepto de “sincronización atmosférica” del geógrafo Ben (Anderson 2014).

Cerramos la sección de la psicología psicoanalítica con una mención especial a Teresa Brennan (2004). Aunque ya se nos adelantó, ella fue la única teórica del afecto que salió de las filas psicoanalíticas en el momento fundante del giro inaugurando una tradición sin herederos que ya mentamos en la intro. Teresa propuso una teoría psíquica-materialista basada en la comunicación entre organismos vía el sistema olfativo y centrada en la transmisión de feromonas como agentes materiales que desencadenan procesos corpóreos a partir de información externa al organismo. Para Teresa Brennan el afecto tiene un origen social pero unos efectos biológicos y físicos (al contrario de la idea de que lo biológico determina lo social). Lo interesante es que cuando Teresa dice “social” no se refiere a alguna cosa opuesta en naturaleza a lo biológico o lo físi-

co, para ella lo social también es un evento material de mundos entrando en cuerpos a lo que ella llama “entramiento”. Brennan si vió muy clarito que la psicología no quería al afecto y lo documentó muy bien registrando la reticencia de la psicología a teorizar o siquiera reconocer la existencia de la transmisión del afecto, el incremento de esta reticencia conforme se fue estableciendo la idea de un individuo y una psicología individualizante, y lo atribuye a la idea asumida del sujeto emocionalmente contenido que permanece como bastión residual del Eurocentrismo en el pensamiento crítico. Ella sabía que fuera de occidente las personas no son afectivamente contenidas. Sabía también que no siempre fue así, hace un rastreo histórico de cómo la idea de la transmisión fue una vez ampliamente aceptada en occidente y como se fue desvaneciendo conforme la psicología moderna ganaba terreno y la celebración de la fantasía individual se volvía la marca de nuestra ignorancia. Por eso te decía al principio que hubo un par de cosas que le tuvimos que quitar a la tradición psicoanalítica para que sus insights pudieran ser útiles para los estudios del afecto; le quitamos la negligencia hacia la materia, principalmente el cuerpo, y le quitamos también un poquito de la obsesión con el SSS que la mantiene secuestrada en el plano de la ignorancia empírica. La teoría de Brennan es “una alternativa a la teoría psicoanalítica o metapsicología en tanto que postula un origen de los afectos que es independiente de la experiencia individual de estos. Estos afectos vienen del otro, pero lo negamos. O vienen de nosotros, pero pretendemos (habitualmente) que vienen del otro.” (Brennan 2004, 13) Para Freud solo el sujeto experiencia los afectos que produce, es un proceso individual, (aunque en la práctica clínica haya montañas de evidencia de lo contrario). ¿lo ves ahora? Por eso a Teresa la psicología no la celebró, porque su trabajo remueve otra cosa que le tuvimos que quitar a las contribuciones psicoanalíticas, esto fue alejarnos de la comprensión del afecto como un evento individual, en su producción, alcance e implicaciones, y estudiarlo como un evento material social. Pero claro, eso ya nos deja fuera del terreno de la psicología. Por eso el afecto no es un objeto de estudio adecuado para la psicología, aunque si lo sea, pero desde fuera.

La psicología fisiológica

La otra psicología que fue una inspiración necesaria para que los estudios del afecto aparecieran fue una suerte de psicología interesada en las bases orgánicas del comportamiento. Aquí le vamos a decir la psicología fisiológica. Ahí también hay chismesito intrigoso, esta vez sobre egos consumidos por la envidia, traiciones por intereses económicos, errores históricos interpretativos, ideologías marcando la producción de conocimiento, ósea, chingos de psicología. El mero mero de esta tradición fue un psicólogo gringo que se llamó *Silvan Tomkins* y que desarrolló una teoría del afecto preocupada por las dinámicas del sistema nervioso central, sus conexiones con grupos musculares particulares y sus implicaciones en el despliegue orgánico de dicha actividad. A diferencia del Freud, Tomkins coloca al afecto en el epicentro de su teoría y como punto de partida para teorizar la consciencia y la imaginación^{xiv}, ofreciendo así, la prime-

ra teoría del afecto formal en la psicología. Bueno, pos' aquí te voa' contar ¿qué onda con esta tradición psicológica?, ¿cuál fue la distancia y crítica que Tomkins tomó respecto a la tradición psicoanalítica?, ¿por qué se le asocia con el neodarwinismo si ni al caso?, etc. Pero primero amos a enterarnos qué es el afecto pal Tomkins y ya de ahí nos dejamos ir.

Tomkins produjo una teoría del afecto que lo entiende como un sistema cuya función central es la motivación de la vida psíquica, el afecto cumple su función motivadora al amplificar e intensificar una serie de componentes y procesos no localizables, atemporales, ambiguos en las respuestas que requieren y en su relación con los objetos. En esta teoría la cara tiene un papel fundamental, pero no es el de expresar afecto, y aunque existe una relación entre el sustrato biológico y la vida psicológica, esta no es de determinismo filogenético de la actividad psicológica. Complejo, sí, pero vamos desgranando la cosa poquito a poco. A ver, pa' empezar hay que decir que una de las primeras características del afecto para Tomkins en su complejidad de ensamblaje heterogéneo neuro-fisio-estético, ósea, que el afecto está hecho de diferentes cosas: Los afectos contienen un aspecto neurológico porque son definidos por un tipo específico de disparo neuronal (algo pasa en el cerebro), implican también un aspecto fisiológico porque son delineados por un conjunto de respuestas musculares, glandulares y cutáneas (se te mueve el cuerpecito), y finalmente tienen un componente estético porque se experimentan conscientemente como diferentes sentimientos (y sientes cosas). Aquí es transdisciplinaria la cosa^{xv}.

Pero bueno, la primera implicación que trae entender el afecto como heterogéneo en su composición es que la combinación de sistemas independientes implica relaciones diversas y complejas con otros sistemas psicológicos importantes como la memoria, imaginación, o percepción. Entonces, es complicado que todos estos sistemas y componentes estén alineados en la producción de un evento monotemático. Es decir, que el afecto para Tomkins, no es un evento singular, localizado o de componentes homogéneos, sino “una ocurrencia sistemática compuesta de disparo neuronal, musculatura facial, mensajes glandulares, respuestas motoras, memoria, imágenes, retroalimentación sensorial y perceptual, y acumulaciones afectivas” (Tomkins, AIC-1:244). Entonces se puede deducir que lo producido en tal combinación no puede ser un afecto univoco en su estado puro. El Tomkins no cree en eso. Es improbable y carente de sentido que todos los sistemas y componentes se alineen. Lo que se produce en realidad en el evento afectivo es la amplificación de los componentes orgánicos o cognitivos, de sus propios contenidos, para impulsar con más fuerza y mejor dirección las acciones correspondientes. El afecto es motivador. Eso hace. Es un amplificador de los impulsos que direccionan la motivación.

Ahí estuvo el primer pedo, que se suponía que el motivador era el drive, el impulso. Pero Tomkins creía que centrarse en el impulso es lo que no le ha permitido a la psicología hacerle justicia al afecto y dedicarle su propia teoría de una buena vez. Acusa de “impulseros” a los psicoanalistas y a los conductistas por igual, ambos toman el impulso como la fuerza motivadora de la psicología

humana. Pal conductista el hambre te hace comer. Simple. Pal psicoanalista la motivación inconsciente del impulso sexual tuerce la conducta y terminas chupándote el dedo en lugar de comer. Más complejo. Pero igual es el impulso el que motiva la conducta. Tons, por andar haciéndole fiestas al impulso, ni el conductismo, ni el psicoanálisis, ni la psicología en general, eran capaces de explicar cómo el afecto funciona como motivador. El Silvan se quejaba de que la banda pinta al afecto como un agente de caos, decía que “históricamente, muchos han tratado a los afectos no solo como supeditados a los impulsos sino incluso como los principales desorganizadores... algo así como un toro en la tienda china del repertorio organizado de respuestas del hombre” (Tomkins, ACI-I, 40), cuando él lo que quería era mostrar cómo en realidad el afecto nos organiza la vida. Pal Tomkins los impulsos pueden plantear una necesidad, pero la fuerza para actuar sobre esa necesidad viene de otro lado. A ver, está fácil, el impulso de querer fornicar puede presentarse, pero requiere ser amplificado por otros sistemas (memoria, percepción, imaginación, etc.) pa’ desencadenar un curso de acción congruente con el objetivo y que finalmente le pidas el número a Lolita la de recursos humanos. Si el impulso no estuviera matizado en su amplificación afectiva, no habría un plan congruente pa’ encamarse a Lolita, y si el impulso motivara en solitario, Lolita sería víctima de violación, no la protagonista de una fantasía de oficina. Entonces, los impulsos informan el proceso de motivación, pero no lo dominan ni marcan su agenda, en esta teoría la motivación que resulta del impulso es relevante o no dependiendo del estado afectivo, pero jamás motiva en solitario.

Pa’ dejar clara la diferencia, Tomkins se aproxima a los impulsos como componentes biológicos secundarios que informan un evento psicológico y a los afectos como los fenómenos psicológicos principales. La primera diferencia clara es que los impulsos son eventos específicos y los afectos generales^{xvi}. La distinción y posterior complicación de la dupla impulso/afecto le sirvió a Tomkins pa’ establecer los fundamentos teóricos de su propuesta, y para dejar clara la diferencia teórica entre su posición y los planteamientos psicoanalíticos y conductistas. Sin embargo, la fase empírica de la propuesta aún estaba por mostrar sus mejores desarrollos y por arrojar su drama intenso en esta historia de antecedentes afectivos.

Resulta que un día llegó un wey, el Paul Ekman, quesque de la uni de San Francisco. Tú lo conoces, aunque creas que no^{xvii}. Ekman topó al Tomkins porque se leyó uno de sus artículos^{xviii}, se apantalló bien gacho y ahí le pidió que contribuyeran. Se conocieron. Y en 1971 el Ekman, un compa suyo llamado Friesen y nuestro Tomkins escriben un artículo al que le pusieron “*Facial Affect Scoring Technique: A first validity study*” (FAST). Todo bien hasta ahí, pero pasó que al Ekman le duró poco la voluntad teórica y le pudo más la gana de hacer lana. Entonces, unos años después, en 1978, el tal Friesen y Ekman publican un texto llamado “*Facial Action Coding System*” (FACTS), un análisis riguroso, complejo, y exhaustivo de los movimientos de la musculatura facial y las capacidades expresivas de la cara humana que Ekman utiliza para vender cursos a

través del “*Paul Ekman Group*” que promete entrenamiento para la identificación de micro expresiones faciales a través de su *website*. Los servicios de este grupo alcanzaron la estructura gubernamental primero con la administración de seguridad transportuaria en los Estados, así es, quienes criminalizan gente de color en los aeropuertos mejoran la eficiencia de su labor gracias al trabajo de Ekman. La bronca aquí fue la dimensión y cualidad del cambio entre *FAST* que significa “rápido” a *FACTS*, que significa “hechos”. Genera la ilusión de remplazar la velocidad por la certeza. A la publicidad si le sabe el Ekman. Frank y Wilson cuentan que el interés de Ekman en Tomkins era altamente selectivo: “dejó fuera mucha de la vieja teoría psicológica del afecto, la motivación, la personalidad, para concentrarse en la visibilidad y universalidad del comportamiento expresivo. De hecho, al cambiar de *FAST* a *FACTS*, Ekman y Friesen excluyeron por completo la teoría del afecto remplazando el afecto facial, por la acción facial.” (Frank, Wilson, 2020, 22). El interés académico de este tipo estaba alineado con su interés económico, y nada vende más que la ilusión de las certezas, así que el tipo se hizo muy rico.

Debido a aquel artículo publicado en coautoría aún se les vincula^{xix}. A pesar de que Ekman se volcó a practicar un empirismo pragmático, vacío de fundamentos teóricos, y preocupado por incrementar el poder de la predictibilidad de acción y Tomkins proponía una aproximación simultáneamente teórica y especulativa, sistemática y de amplio rango, no reflejaba el espíritu que orienta a la psicología con la eficacia de Ekman, razón por lo cual la psicología se olvidó muy pronto de Tomkins. En términos del papel de la cara en la aproximación empírica de Ekman, éste enfatiza la visibilidad y carácter predictivo de las expresiones faciales, es rete pragmático. Mientras que para Tomkins la cosa era un poco más complicada, los afectos eran simultáneamente visibles e invisibles debido a la capacidad del afecto de combinarse con otros sistemas, entonces algunos de los elementos combinados pueden aparecer expresados en la cara, otros no. El afecto no se expresa en la cara, sino que se disuelve en ella, de manera que lo expresado en un rostro no es un afecto único o bien definido e identificable. Es otra cosa. Esta variabilidad en la visibilidad es consistente con los diferentes grados de consciencia que Tomkins reconocía sobre los afectos, “Con los afectos no es para nada excepcional que uno pueda responder y estar inadvertido de que uno está enojado, temeroso, avergonzado, excitado, feliz, o afligido” (Tomkins, p. 186). Como podemos ver hasta aquí nuestra psicología fisiológica se distingue claramente del psicoanálisis y el conductismo, entre otras cosas por su comprensión del impulso, también se distingue de Ekman y la posición neo-Darwinista al desarrollar una perspectiva empírico- especulativa, muy al estilo de los estudios contemporáneos del afecto y mucho más profunda que el pragmatismo caricaturezco de Ekman. Ultimadamente esta diferencia desemboca en el rechazo de Tomkins a reconocer que características biológicas heredadas funjan como determinantes de fenómenos psicológicos, que es la posición neo-Darwinista^{xx}.

Y bueno, hasta aquí voy a dejar el cuento de la teoría del Tomkins, porque ahora toca contar cómo la teoría de Tomkins influyó en los estudios del afecto. Ya he contado que esta influencia se consolidó principalmente en la rama queer desarrollada desde la teoría cultural y representada sobre todo por Eve Sedgwick y Adam Frank (1995, 2003) y sus contribuciones a la experiencia y circulación de la vergüenza. Lo que falta contar es que este interés en Tomkins como precursor de una suerte de “expresionismo” en el estudio del afecto posteriormente se extendió a lo que algunos llamamos “Public Feelings” como etiqueta para agrupar un cuerpo literario interesado en las vicisitudes de los procesos corpóreos informados por interacciones sociales “uno a uno” que podríamos englobar bajo el término “experiencias” en una suerte de estudios fenomenológicos de la vida emocional pública. Ahí incluiría los trabajos de de Anne Chekovic (Cvetkovich 2012, Staiger, Cvetkovich y Reynolds 2010), Heather Love (2009), Laurent Berlan (2011, Berlant y Stewart, 2019), y Katleen Stewart (2007) que mantuvieron viva la herencia de Tomkins en los primeros veinte años de los estudios del afecto, aunque ya no se les vea mucho. Por fuera del grupo de los Public Feelings, Elspeth Probyn también ha desarrollado su propia aproximación al estudio de la vergüenza (2004, 2005) y el asco (2000) para repensar la idea de hábito en la vida cotidiana y su relación con el afecto inspirada en la psicología fisiológica ésta. Otra que es un clásico imprescindible al explicar la influencia de Tomkins en los estudios del afecto es el trabajo de Anna Gibbs (2010) que extendió el trabajo de Tomkins en el contexto de su aproximación a la comunicación mimética para explorar las formas inmediatas, viscerales, no intencionales en que los cuerpos son reclutados por tecnologías de media como en el uso de tecnología como las tomas de acercamiento a la cara o close-up. Esta aproximación a la bio-mediación es una que teoriza el cuerpo y la encarnación en lugar del significado y la significación. Una expresión más reciente de los *queer affects* que se nutre de la psicofisiología de Tomkins, vía Sedgwick, son los trabajos de Wen Liu (2017, 2020, 2024) que sensible a las ideas de Tomkins propone utilizar sus recursos teóricos para centrarse en la encarnación de las categorías sociales como recurso analítico para observar la circulación afectiva de los afectos negativos y de la resonancia afectiva como recurso de avance hacia la liberación. Y bueno, ya saben que esta psicofisiología que en la primera mitad del siglo XX era una aproximación más bien rudimentaria al cuerpo limitada por la tecnología de ese tiempo y que luego evolucionó en una suerte de panacea. Por ahí de los 90’s inventamos maquinitas que nos dejaban ver por dónde había más sangre fluyendo en el cerebro cuando la gente hace cosas como el fMRI, y con la destreza de quien confunde correlación y causalidad equiparamos ese flujo de sangre con la actividad cerebral. Así es, nuestra psicología fisiológica derivó en neurociencia y neuropsicología, con las máquinas y la capacidad de “ver” el cerebro, así que la especulación cedió al empirismo^{xxi},

En fin, ¿qué tienen en común Sedgwick, Frank, Gibbs, las Public Feelings, Gibbs y Liu? Pues que utilizan las contribuciones de Tomkins para avanzar agendas sociales y eso necesariamente implica teorizar sobre el afecto como fenómeno social y no individual como hacía el Tomkins. En sus trabajos los in-

sights sobre el despliegue orgánico afectivo informan un proceso de teorización de los procesos sociales que subyacen el comportamiento socioafectivo. Si juntamos a esta gente con la de la sección anterior podríamos preguntar: que tenían en común Tomkis, Ekman, Freud, Lacan, Klein, Winicott y Sterns, además de evidenciar que la psicología siempre ha sido una industria de blancos y burgueses, era su tendencia a la individualización, y con excepción de Sterns, a la representación. No fue su culpa andaban practicando la psicología o el caso de Freud inventándola. Pero ya sea que insinuaran las bases materiales aunque constreñidas al individuo y sus interacciones inmediatas como Tomkins, o que desaparecieran el mundo social con una teoría universal de las emociones como Ekman, o que por omisión abordaran el afecto como un proceso de socialización de la infancia y no de la vida social en general como Sterns, o que necearan con poner el origen de la psique en la representación -a pesar de saber que era el afecto- como Freud, incluso si se centraban totalmente en la representación y relegaban el afecto a un epifenómeno de la significación como Lacan; igual eran siempre asechados por la individualización y la representación, caían en una, o en la otra, o en las dos. Insistían en teorizar el afecto, un fenómeno del cuerpo y sus relaciones, como un evento individual y psicológico. Quizá en sus tiempos no era tan claro que lo que hacían era contribuir a la mitología blanca que celebra el Super Sujeto Soberano y que perpetua el capitalismo racial. Pero a nosotres si ya nos toca dejar de lamer la yunta.

Tomar aportes de la psicología, pero desprenderlos de sus aparatos epistémicos de origen para evitar sus gestos teóricos característicos es síntoma de algo. De la necesidad de abordar las bases materiales de la producción de subjetividad. No como en la tradición marxista en la que la subjetividad es producto de las condiciones materiales estructurales, aquí la cosa tiene que ver más con cómo esas condiciones materiales estructurales producen condiciones materiales orgánicas colectivas a partir de las cuales las tendencias subjetivas de las poblaciones son posibles (cfr Martínez y Lara 2019). En otras palabras, el capitalismo produce cierto tipo de sujeto, ajá, sí, si quieren, pero para hacer eso primero necesita producir cuerpos con capacidades diferentes de acuerdo con los criterios del capitalismo racial. Porque esas subjetividades confeccionadas por la estructura social no pueden existir sin un sustrato material que las mantenga vivas y que las actualice, un sustrato material corpóreo cuyos procesos deben ser intervenidos y actualizados constantemente para que la subjetividad correspondiente pueda permanecer y propagarse, ese piquito de materialidad al que el materialismo estructural no llega y que es la contribución de los nuevos materialismos: mirar finalmente al cuerpo. Esa es la cloaquita que destaparon los estudios del afecto, que hizo evidente que la ideologización de la subjetividad – a la que le decimos psicología- apestaba aún más que la cloaca destapada. Ora si ya estuvo con la influencia vintage, y la psicología crítica contemporánea, ¿qué dijo del afecto? ¡Aguas!, que esta es la parte del chisme en donde yo salgo embarrado...

El berrinche del sigl... digo, la Psicología Crítica

En los años que pasé en Nueva York jalaba con una banda de desadaptados intelectuales con los que me juntaba en un parque de Brooklyn a leer el Anti-edipo y Mil Mesetas, ya saben, a ver si juntas entendíamos algo. No estoy seguro de que hayamos entendido del todo a esos señores, pero entendimos que juntas entendíamos más. Y cuando me di cuenta el grupo de lectura se había vuelto un grupo de investigación, taller de escritura y congal intelectual. Con la excepción mía, el resto del grupo estaba haciendo su doctorado en psicología crítica ahí en el Graduate Center de la CUNY, en donde no te escapabas del brillo de Patricia Clough y pues todes andaban queriendo incorporar *insights* de las teorías del afecto a sus tesis doctorales en psicología crítica. Y yo que ya había fracasado en la misión sentí ahí una segunda oportunidad, un chance de redención. Entre otras cosas, nuestras lecturas y conversaciones giraban en torno a las posibilidades o imposibilidades de hacer una psicología informada por las teorías de los afectos. *Spoiler*: no se puede. Pero con la percepción alterada de la realidad que tiene que caracterizar a los intelectuales serios, insistimos. Tan alterados andábamos que un día aplicamos pa' escribir el número especial de décimo aniversario de la revista *Subjectivity*, antes el *International Journal for Critical Psychology*. Ganamos. Lo escribimos y le pusimos "Affect and Subjectivity" (Lara et al. 2017) y lo utilizamos como plataforma para abordar lo que entonces parecía el talón de Aquiles del afecto, su relación con la producción de subjetividad de la que se había distanciado en el origen pero que claramente ya no podía ignorar. Olvídense de los toros, la psicología tiene unos cuernos más grandes y filosos en su Ψ y tocaba agarrarla por ahí. Ya saben que una se envalentona cuando anda con sus valedores, y la fortaleza intelectual que se sentía al escribir con les tremendes Wen Liu, Colin Ashley, Akemi Nishida, Michelle Billis y mi comadre Rachel Liebert ayudó a que en aquel texto le soltáramos chingadazos como este a la psicología:

"Desde nuestra perspectiva, los estudios del afecto no son ni una hegemonía ahistórica que denuncia la relevancia de la subjetividad, ni una celebración neoliberal de la ilusión del libre albedrío a través de su crítica de la agencia mediada. La crítica (de la psicología) del sujeto ausente y la crítica de que el afecto es apolítico es una y la misma: una crítica de la falta de políticas de un sujeto soberano visto como un organismo con voluntad propia, consciente y autocontenido. (...) El giro afectivo entonces ayuda a repensar la idea asumida de que la agencia y lo político deben empezar con el sujeto y a considerar entonces que los estudios del afecto requieren a su vez una re-teorización de la subjetividad" (Lara et al. 2017, 34)

Eso que ahí nombramos la crítica de la falta de sujeto soberano -con sus políticas, su consciencia racional, etc.- engloba una serie de críticas que, aunque se presumen diferentes entre sí no lo son, muchas de ellas elaboradas y/o utilizadas desde la psicología crítica^{xxii}. Como ejemplos podemos nombrar, la crítica a la negligencia de la intencionalidad (Cromby y Willis 2016, Leys 2017), las críticas a la marcada distinción entre el afecto y la emoción cargadas de

demerito a la noción de afecto y celebratorias del sujeto qua productor de representación (Greco y Stener 2008, Wetherell 2012), las críticas a la falta de recursos para abordar las políticas de identidad (Hemmings 2005, Blackman 2012), incluso la crítica de la inaccesibilidad empírica al afecto (Ellis y Tucker 2015, Wetherell et al, 2015, Brown et al, 2019) que está basada en la necesidad de extraer el conocimiento del plano humanamente reconocible. La misma Blackman et. al, (2008) advirtió que estas teorías -las del afecto- podrían tener el efecto problemático de “aplanar al sujeto” y convertirlo en algo estático y presuntamente apolítico o al menos carente de valor teórico. Lo que tienen en común estos señalamientos es el interés en ese sujeto que habita el plano consciente como objeto central de estudio de la psicología, el interés en perpetuar la idea del autodeterminismo del ser humano implantada por el capital y que recurre a una dramatización infantil del individuo, esa suerte de Súper Sujeto Soberano. Y el interés en defender su SSS es lo que ha motivado esta serie de berrinc.. digo las críticas. Pero amos a mirar con un poco más de detalle de qué están hechas esas críticas.

Podemos empezar con una de las fundadoras de la psicología discursiva Margaret Wetherell. Ella se queja de lo que se pierde cuando la teoría del afecto “descansa en una especie de negación anti-humanista de la subjetividad... (en la que) la subjetividad se vuelve un no- lugar o sala de espera, a través de la cual el afecto pasa, como líneas de fuerza autónoma, en su camino hacia algo más” (2012, 123). Eso lo dice en su crítica al afecto y propone arreglar el problema con una “nueva” aproximación “pragmática” y “nueva investigación empírica”. Señala que el problema del afecto es que nuestras aproximaciones Deleuzianas han sido “radicalmente inútiles” para entender el “funcionamiento” del afecto. Pa’ corregir eso, dice “Me inclino a otras connotaciones del afecto que ofrece el diccionario, como performance o pretensión” (p. 4). ¿Neta Wetherell?, soltar la tradición de la filosofía continental y a sus exponentes para usar “el diccionario”. Pérenme tantito, dejen termino la carcajada. Ya, gracias.

Total, que propone la categoría de “práctica afectiva”, que luego definió como “un momento de reclutamiento, articulación o enlistamiento en que muchos flujos complicados a través de cuerpos, subjetividades, relaciones, historias y contextos se entrelazan y relacionan para formar justo ese momento, episodio o atmósfera afectiva junto con sus posibles clasificaciones particulares” (2014, 22) y a partir de esa idea de práctica afectiva ella intenta cambiar la comprensión del afecto. “Por afecto, me refiero a la *construcción de sentido encarnada*. Mayoritariamente esto es algo que puede ser entendido como la *emoción humana*” (p. 4). ¿Cómo? ¿Para arreglar el afecto hay que estudiar la emoción? ¡Uf! Y ya cuando llegas al capítulo cuatro te das cuenta de que su propuesta para solucionar “el problema” de la falta de una aproximación empírica en los estudios del afecto es regresar a los viejos recursos del análisis del discurso y la psicología discursiva. ¡No mamar! Ahora resulta que la solución siempre la tuvieron tu y tus amigos de Loughborough y los demás hemos estado dando lo que ella denomina “giros equivocados”. ¡Uff! Pero así es, ella aboga por un punto medio,

informado por el afecto y descubierto discursivamente (2013). Lo que me interesa señalar aquí es que ese deseo de desarrollar una aproximación pragmática vía análisis empírico para desgranar el funcionamiento del afecto no es otra cosa que el gesto rancio de disecar la realidad para dominarla, y para lograr eso, no tiene otra alternativa que negar el afecto y decir que en realidad es la emoción, insiste en la individualización y la construcción de sentido porque no puede hacer otra cosa que psicologizar, y bueno, ya por ahí del capítulo siete te das cuenta que entiendo muy poco cuando habla del problema de la “metáfora de la transmisión”. Teresa Brennan estaría revolcándose en su tumba. La transmisión es un evento material mija, no una metáfora, pero eso pasa cuando tu mundo y tus teorías dependen de la fantasía del sujeto autocontenido y autodeterminado. En fin. Cada quién. Yo nomás digo. Pero ¿quién es una pa’ juzgar? :P

Wetherell no está sola en lamentar que el análisis del discurso ya no esté de moda. Otros psicólogos sociales críticos hacen eco del lamento al afirmar que este movimiento amenaza con centrarse en unas fuerzas que, mientras que impactan a la gente, no se pueden rastrear de ninguna manera significativa hacia sus acciones conscientes (o inconscientes) (Ellis y Tucker, 2015). La molestia por la inaccesibilidad empírica en la psicología social llega al punto en que ellos sugieren una indiferencia directa y “justificada” a la teorización del plano material. Por ejemplo, Brown y sus colegas intentar traer la noción de “atmosferas” (de la geografía del afecto) a los estudios psicosociales, solo para proponer convertirla en un dispositivo empírico que sirva para desechar consideraciones ontológicas: “El problema puede ser presentado como la diferencia entre definir qué es exactamente una atmosfera y el intento de proveer una descripción rica de las características que emergen a partir del involucramiento atmosférico. En un sentido, la ontología ‘se ocupa de sí misma’ entre más somos capaces de describir las practicas a través de las cuales el ‘sentir una atmósfera’ ocurre”. (Brown et al. 2019, p. 22). Ellos siguen queriendo describir lo que les cuentan pa acceder a la realidad. Aunque casi que una se convence de dejar que la ontología “se ocupe de sí misma” cuando miras los otros intentos por generar aproximaciones empíricas y recuerdas que su aproximación a la realidad está enmarcada en sus políticas de dominación y extractivismo que fallan en ocultar su servilismo al capitalismo racial. Por ejemplo, Brown y Tucker (2010) discuten el potencial del afecto, cuando lo enfocas en la manifestación somática de los problemas de salud mental como una oportunidad para mejorar los servicios de salud mental. Aunque se basan en la tradición Deleuziana del afecto, insisten en la crítica a la accesibilidad del afecto. Critican las aproximaciones psicoanalíticas al afecto que limitan la habilidad de comunicar lo que está sucediendo en el cuerpo. En lugar de eso, sugieren que el afecto puede ser una oportunidad para la “regulación somática autodirigida”. Ósea, ¿me perdí?, ¿O por mejorar los servicios de salud mental ellos se refieren a ahorrarles costos a la administración generando alternativas “autodirigidas”? Si la investigación psicosocial crítica va a extender el gesto neoliberal de la psicología positiva de

que nos hagamos cargo nosotres mismos de generar nuestras condiciones de bienestar, la neta yo paso.

Pero bueno, a Wetherell y a los otros interesados en que el afecto sea representado, digerido y fácilmente accesible se les tiene que unir Ruth Leys (2011) en este cuento. La Leys no es psicóloga crítica sino historiadora del conocimiento, pero la incluimos aquí porque también publicó su propia crítica en la que ofrecía municiones para la psicología social -luego utilizadas por Blackman 2012, Cromby y Willis 2016^{xxiii}- que quería insistir en el problema de los modelos biológicos en los que se basaban las premisas del afecto y el supuesto determinismo biológico que desvanece los matices de la vida subjetiva. A ella tampoco le late que digamos que el afecto es preconsciente, dice que el límite entre lo consciente y lo preconsciente no está tan claro como creemos, además de que la cognición juega un papel crucial en la interpretación de las manifestaciones fisiológicas del cuerpo y la excitación de los recursos sociales y físicos puede ser importante para la comunicación de dichos estados y entonces, pos Leys no entiende por qué queremos estudiar el afecto sin abordar su relación con esa cognición. Su segunda crítica es que el giro afectivo remueve la riqueza cultural a la que el sujeto está vinculado. Según ella centrarse tanto en el cuerpo separa al contexto de la comprensión de la experiencia subjetiva, eliminando la posibilidad de explorar críticamente las tensiones entre la presión y la resistencia, así como sistemas de poder más amplios. Respecto a la noción de intención, ambas, Leys y Wetherell, sugieren que la abstracción de la sensación desprende el significado que pueda ser adscrito. Para ellas el foco en el afecto niega las discusiones de las estructuras de poder y opresión como el género, la clase, y la raza, especialmente si la agitación se remueve de la representación. O sea, ese es el argumento de que el afecto es apolítico. A Leys en particular le preocupa que una consecuencia del interés en el cuerpo de los estudios del afecto sea “una relativa indiferencia al rol de las ideas y creencias en lo político a favor de una preocupación ‘ontológica’ sobre las experiencias corpóreas-afectivas de las imágenes políticas y representaciones que rodean a las personas” (Leys, 2010, 668). Le preocupa mucho el anti- intencionalismo, del cual por cierto culpa a Tomkins mientras lo mete en la bolsa de los neo- Darwinistas.

La cosa se pone un poco menos antropocéntrica, aunque aún no suficientemente social, con los estudios psicológicos sociales de la memoria. Ahí Steve Brown y Paula Reavey (2015) se interesan por la relación entre el afecto y la memoria, según ellos podemos entender el afecto como “un arreglo de relaciones” más que una respuesta pura e individual. Según esta idea, el afecto emerge como una propiedad relacional e intensiva del conjunto de elementos conectados en un recuerdo. Es el arreglo entre estos elementos el que le da su carga afectiva a la memoria. “Cada vez que un incidente es recordado el sobreviviente es reconectado con esa atmosfera afectiva, a pesar de la distancia temporal y física. ... esto sugiere que racionalizar las propias respuestas emocionales es improbable que sea suficiente para controlar la memoria” (Brown y Reavey 2015, 16). Una vez más, incluso a pesar de entender el recuerdo como multirelacional, la rela-

ción que captura su atención es la relación administrativa entre consciencia y afecto, lo que vuelve su aproximación individualista y ultimadamente desinteresada en el sustrato material colectivo de la memoria. Tons, pos' pan con lo mismo.

Terminamos de incordiar a la psicología con una mención especial a Lisa Blackman. Lisa es en mi opinión la representante de la psicología crítica que ha aportado insights para el desarrollo de una psicología que se sirva de los estudios del afecto, que es lo que pasa cuando haces teoría en lugar de berrinches. Blackman señala la fuerza de la materialidad con claridad, argumentando por una comprensión del cuerpo y sus límites materiales como fronteras permeables y susceptibles a influencias que no podemos ver. Como Walkerdine^{xxiv}, Blackman sugiere que lo afectivo se puede pensar como contagioso, como pasando fácilmente entre la gente. Es a través de este mecanismo que los sentimientos son movilizados al nivel de la comunidad. Además, sus trabajos han acompañado el giro afectivo desde sus inicios ofreciendo múltiples insights que ponen los recursos de la teoría psicoanalítica, la psicología experimental, la de las masas, y las influencias de la teoría de media al servicio de la teorización de las capacidades comunicativas del cuerpo (2007, 2008, 2010, 2014). Yo creo que Blackman es la única representante de la psicología que ha contribuido a ambos campos, la psicología y los estudios del afecto, precisamente al unirlos, la imposible psicología del afecto, yo creo que es la suya.

A vers, no digo que no tenga sentido seguir pensando la relación entre el afecto y la representación, lo que definitivamente luce como un paso hacia atrás es pretender que el acceso al afecto es a través de la representación. No digo que no se deba repensar la relación con el lenguaje, existen propuestas que reflexionan sobre el sustrato material y afectivo de la comunicación verbal que traen el elemento material a la interpretación psicosocial sin reducir esta última a un plano discursivo (i.e. Milani y Richardson 2020). No digo que no debamos estirar las formas de producir conocimiento hasta superar el antropocentrismo empírico, pero de nuevo, eso no se logra regresando al análisis del discurso, ese era el problema en primer lugar. La “crítica” de la psicología no supera la fijación empirista con lo discursivo a la que la psicología crítica reduce lo psicosocial, tampoco desea abandonar el carácter individualizante del estudio de los procesos subjetivos y una versión de lo social que si no se aferra al constructo representativo y simbólico y su expresión en el mundo no les vale la pena. Quizá aquí te preguntas porqué la psicología se sacó tanto de onda con el afecto, yo creo que tiene ver, en un primer momento, bastante afectivo, con el “impulso” que forma parte del repertorio afectivo de les psicólogos constructoristas, ahí, en el inconsciente de la disciplina, hay un rechazo sistemático y enfurecido a cualquier postulado que proponga atención a la naturaleza biológica. Eso les provoca que se les hinche la vena anti-positivista y que se apresuren a acusar de deterministas a cualquiera que mire al cuerpo más allá de lo que de él se pueda decir. En un segundo momento, un poco más reflexivo, el posicionamiento tiene que ver con que la psicología, en especial la social críti-

ca, es muy celosa de su reputación de justiciera social. Así que señalar, como lo hacen los estudios del afecto, que las instancias de inequidad, injusticia y dominación ya no se articulan sólo discursivamente, sino además mediante modulación material afectiva (Clough y Willse 2011, Martínez y Lara 2019) evidencia que sus esfuerzos son por lo menos limitados; al tiempo que cuestiona la centralidad de la subjetividad, cognición, representación, creación de sentido y demás favoritos para el abordaje de dichas injusticias. Ahí prefieren decir que lo hacemos mal. Se nos enojan. Así las cosas.

Pero pa' la suerte de todes, las raíces psicoanalíticas y psicofisiológicas del afecto y el crío berrinchudo al que le decimos psicología crítica son solo parte del espectro de influencias y devenires del cuerpo de estudios del afecto, la totalidad de los estudios del afecto incluye un territorio mucho más amplio. Durante mis años de Nueva York los estudios del afecto parecían desbordarse, aparecían nuevas conexiones con nuevos campos de estudio y se hacía necesaria una foto familiar antes de que nacieran los nuevos y antes de que alguno estirara la pata. Por ahí del 2017 decidí mapear las relaciones de los estudios del afecto con otros campos disciplinarios, a la fiesta llegaron la teoría queer de Wen Liu, los estudios del trabajo de Guillermina Altamonte, los estudios críticos de la ~~raza~~ negritud de Colin Ashley y Michelle Billis, la literatura y teoría estética de Sandra Moyao, y la neurociencia y ciencia cognitiva de Tony Sampson, todos (2020) porque nos costó un chingo sacarlo. A ese mapeado de los estudios del afecto le hicieron falta varias cosas, las primeras dos, la relación de los estudios del afecto con el feminismo y las teorías de género y la relación del afecto con los estudios de la discapacidad, en el último minuto se nos echaron para atrás los autores ¿qué les digo? drama de academia, ya se la saben. Intenté subsanarlas -seguro que de manera insuficiente- en la intro de ese *special issue* que además fue bilingüe (Lara 2020), todo en *english and spanglish* pa que más gente leyera. El resto de las carencias se ha hecho evidente con el tiempo, y hasta ahora se puede contar, yo algo de eso digo en el *forward* de la traducción al coreano de nuestro mapeo (Lara 2025). Esa se la está rifando el profe Myoung-A Kwon que dirige el *Institute of Gender and Affect Studies* allá en la *Dong-A University* de Busan. Así que para que las lenguas hablen con provecho, el mapeo ya es trilingüe.

Ya era el 2018 cuando se me terminaba la visa gringa y tenía que encontrar chamba. Quería quedarme en Nueva York. No se pudo. Me toco aplicar a un aplaza en la *University of East Londres*. Gané. En realidad, perdí. Perdí de verdad. De haber sabido el horror que me esperaba les juro que hubiera dejado la academia antes que agarrarles nada a esos impresentables. Ahí me rompí yo. Me rompieron. Pero ese es otro chisme. Aquí no hay tiempo de contarles la manera en que la psicología, el capitalismo y la blanquitud, que son la misma mierda, se engranan para rompernos el alma mientras deciden cómo nos van a terminar de matar. Así que nomás voa decir que allá entendí que hay casos perdidos, cosas que no vale la pena intentar salvar, que a veces lo único que

puedes hacer es irte. Decidí irme, de Londres y de la psicología, pero eso sí, me traje al afecto conmigo porque pa' mi suerte, ese no le pertenece a la psicología.

Termino con una pregunta y unas notas que abren esta sesión de chismes a tu reflexión, y ojalá que a una réplica, a ver si te late:

¿Qué puede hacer la teoría del afecto por la psicología?

T'chiiiiales. Pos no mucho. De entrada, porque para que te cambien primero tienes que querer cambiar. ¿no?, ¿Qué podría querer cualquier psicología post-estructuralista, especialmente la social-crítica, de un campo de estudios dedicado a un fenómeno simultáneamente extralingüístico y prelingüístico, a-significativo y a-representativo? Exacto, solo puede querer negar su relevancia, porque si no lo hace se le cae el teatrillo. Pero yo no confío en la psicología ni es sus exponentes^{xxv}. Así que se me ocurre que básicamente puede invitarla a abandonarse a sí misma a través de presentarle una serie de alternativas. Elementos para avanzar en la teorización y comprensión de la dimensión material de los procesos subjetivos más allá de la impronta materialista marxista de que la subjetividad es el resultado de las condiciones materiales que te rodean, lo que los estudios del afecto pueden agregar es el insight de cómo el cuerpo opera como mediador entre las condiciones materiales estructurales y la producción de subjetividad. Es decir, la modificación intencionada de la actividad sensible como moneda de cambio en la producción ideológica del capitalismo racial. Y bueno, para que la psicología se abandone a sí misma, las teorías del afecto le pueden mostrar al menos tres salidas, estas no son contribuciones para hacer una mejor psicología, son rutas de escape para dejar de hacerla:

El abandono de su objeto de estudio. Le digas subjetividad, intersubjetividad, identidad o cualquier termino que refiera a la edificación del sujeto vía representacional; eso se sostiene sobre la idea de que un sujeto soberano, con libre albedrío, autocontenido y auto determinante, todo eso es solo mitología blanca sobre un lugar de enunciación superior que es el SSS y que es condición de posibilidad para cualquier psicología. Tampoco están exentas las psicologías inclinadas al estudio de lo colectivo, ya sea que nombren a su objeto de estudio procesos psicosociales, dinámicas grupales, comportamiento colectivo, o cualquier termino que encapsule la relación individuo-sociedad, esas perspectivas también descansan sobre la idea de que lo que se construye en esa actividad social es un individuo. ¿lo ven? El capitalismo necesita la fantasía del SSS y montó una empresa que se encarga de teorizarla, la psicología. Yo encuentro altamente complicado ser anticapitalista y hacer psicología a la vez. Siento que le abono al enemigo. Si bien la psicología crítica ya ha dicho que las subjetividades se producen a escala macro por dispositivos de control, no llega a ver que eso pasa moldeando las capacidades de los cuerpos de las poblaciones, ahí la idea del sujeto ya pierde toda relevancia, pero se necesita perderla para entender cómo funciona el poder en el capitalismo racial, y viceversa, insistir en el sujeto contribuye a oscurecer la comprensión de ese poder. Tons pos eso,

déjense de sujetos y subjetividades como fenómenos adyacentes al individuo y agarren la onda que esos son fenómenos materiales colectivos, en origen y en destino.

El abandono de sus formas de producción de conocimiento. El paquete epistemología- metodología que mantiene la obsesión empirista no es un problema exclusivo de la psicología, pero tiene en la psicología su trinchera más fuerte. Hay por lo menos dos problemas grandes con la producción de conocimiento con bases empíricas, el primero sería que reduce el tratamiento de la realidad a lo que resulta empírico para nosotros, esta es la falla lógica fundacional del espíritu colonizador que cegado por su hambre de poseer y controlar cree que puede poseer y controlar todo lo que ve, pero por esa misma lógica no se entera de todo lo que escapa a sus ojos. Conocimiento antropocéntrico, le dicen. El segundo gran problema del empirismo es que nos aleja sistemáticamente de la producción teórica, y ha convertido el conocimiento en una caricaturesca fábrica de analizar datos con métodos hechos para atomizar la realidad que es lo opuesto a teorizarla. O explíquenme, ¿por qué la psicología no ha tenido revoluciones teóricas desde los ochenta?, ¿Por qué salvo el Parker y unos cuantos teóricos excepcionales no se hace teoría psicológica como la actividad principal de la disciplina? Lo que hacemos en el mejor de los casos es explicar porqué las cosas son de una manera en contextos específicos, a salvo de complicaciones teóricas y abonando a la mitología blanca y liberal. Deja eso, ponte a teorizar duro. Vente al afecto, aquí tenemos con qué.

Abandono de la impronta apolítica. Y sobre todo de la ilusión de que la investigación denunciante de injusticias cubre la cuota, posicionarse no es hacer algo. Es nomas decir algo, no hablo de que tengan que ser activistas todes -ese veinte cae solito una vez que empiezas a teorizar-. Se trata de generar alternativas políticas, o de abandono de lo apolítico, es decir, de abandono de la psicología. El problema con la comprensión de lo político desde la psicología crítica, al menos desde las posiciones de quienes elaboran las críticas que aquí hemos revisado, es que su interés en lo político se mantiene concentrado en los mecanismos simbólicos a través de los cuales se violentan identidades incrustadas en un contexto social dado. Porfa, que no se me malentienda, no estoy sugiriendo que el análisis simbólico o de construcción de sentido o representaciones de la realidad sea irrelevante, estoy afirmando contundentemente que es insuficiente para abordar la realidad social y, a un cuarto del siglo 21, es particularmente inútil cuando se trata de señalar mecanismos de dominación. Precisamente porque la dominación se lubrica con medios discursivos, pero se estructura con medios materiales que desde la psicología crítica se ignoran muy a gusto. Si bien, el señalamiento de la injusticia discursiva era radical en los ochentas, en este momento su función principal es distraer la atención teórica y política del verdadero problema que es la manipulación intencionada de los registros afectivos de los cuerpos de poblaciones racializadas. Olvídase de que nos digan sudacas o sodomitas, las tecnologías que debilitan nuestros cuerpos y disminuyen nuestras capacidades son el verdadero tema a tratar, pero para

eso haría falta que la teoría en psicología se diera cuenta que hay un cuerpo y que hay que mirarlo. Tons, en mi opinión, lo mejor que los estudios del afecto tienen para aportarle a la psicología es una invitación para abandonarse a sí misma.

En fin, esto, como buena sesión de chismes, ya se alargó. Te agradezco si has leído hasta aquí. De verdá espero que leer los chismes te sirva de algo, por lo menos pa' ir a contarlos que es pa' lo que han de servir, ahora ya sabes cómo estuvo la cosa, o al menos como estuvo para mí. Creo que si había una intención en estas líneas era contar que para entender lo que nos falta, en el afecto, en la psicología, o en lo que sea, se requiere la perspectiva externa que no consigues si te quedas con el afecto, o con la psicología, o con lo que sea. Entender lo que falta queda claro si te sales. Así podrás traer tú los chismes desde fuera.

ⁱ Escribo en el formato chisme o escritura chismográfica, que es uno que me inventé especialmente para esta contribución invitada a *Teoría y Crítica de la Psicología*, pero que ya conoces perfectamente porque así hablamos. Me suscribo a la escritura experimental como recurso para mitigar el carácter colonizador, desencarnado y con pretensiones de objetividad de las tecnologías de escritura utilizadas en psicología y que he explicado a detalle en “*Ni en tu lengua, ni en la mia. Manifesto for Experimental Writting*” (Lara 2021). Si mi tono, mi estilo y mi flow violento te parecen inadecuados para un artículo, si te indigna u ofende mi uso del lenguaje, si te molesta que hable como habla la gente de México: Anda a celebrar tu alienación, tu clasismo y tu racismo a otro lado. Aléjate de este texto. Aléjate de mí. Aléjate de ti si puedes.

ⁱⁱ Esas son dos cosas distintas. La confusión de tomar el lenguaje como un reflejo fiel de la realidad es una excentricidad del construccionismo y particularmente de la llamada Psicología Discursiva, que en su punto más irresponsable ha llegado a sostener que la realidad está hecha de lenguaje (Potter y Edwards, 1992). Este gesto antropocéntrico es una expresión de un problema más grande que atraviesa el pensamiento occidental y la tradición de la filosofía continental (y también la analítica) y que es el de confundir la realidad con nuestra percepción de esta, a lo que el filósofo Quentin Meillassoux (2009) desde del realismo especulativo, ha llamado correlacionismo.

ⁱⁱⁱ Puyita académica con mucho respeto y cariño para mis amigos y colegas que señalan la vigencia de la agenda construccionista Lupicinio Iñiguez, Antar Martínez y Gemma Flores que en 2011 publicaron “El discurso en la psicología social; desarrollo y prospectiva” en Anastasio Ovejero y Júpiter Ramos (coords.), *Psicología social Crítica*, Biblioteca Nueva, Madrid.

^{iv} De hecho, antes de “*The transmission of affect*”, Teresa Brennan publicó “*Exhausting Modernity*” (2001) en el que entre otras cosas reformula el proyecto psicoanalítico con su concepto de “fantasia fundante” en el que la madre se vuelve el origen, más que la receptora de los afectos negativos, y que formula un replanteamiento de la relacionalidad en la teoría psicoanalítica. Además de “*The Interpretation of the Flesh: Freud and Femininity*” (1992) que ya había reformulado la crítica feminista a la teoría psicoanalítica y que la puso en el mapa contemporáneo de la teoría psicoanalítica.

^v Si no sabes porque la investigación empírica es violenta y colonizadora te urge leer “*Decolonizing Methodologies*” (1999) de Linda Tuhiwai, una *pakehá* que chambea para los Maori allá en Aoteroa. El libro también está en español y hasta liberado en internet, así que no hay pretexto.

vi Green (1999) propone tres etapas, cada una de las cuales se caracteriza por aportaciones teóricas distintivas sobre el afecto. Una primera que va de los estudios en Histeria (1893-95) a la Interpretación de los Sueños (1900), un segundo momento que iría de la Interpretación de los Sueños a los textos sobre Metapsicología (1915) y finalmente, un último momento que va de la Metapsicología al artículo sobre Fetichismo (1927) y la Separación del ego en el proceso de Defensa (1939).

vii “una cuota de afecto o suma de excitación- que posee todas las características de una cantidad (aunque no tenemos manera de medirla), que es capaz de incrementarse, disminuir, desplazarse y descargarse, y que está distribuida sobre las trazas de memoria de alguna manera similar a como una corriente eléctrica se distribuye sobre la superficie de un cuerpo” (S. E., III, p. 60)

viii El instinto, por ejemplo, es un usuario frecuente de este transporte cambiante que es el circuito afecto/representación. Freud, señala que “si el instinto no se adjuntara a una idea (una representación) o no se manifestara como un estado afectivo, no podríamos saber nada sobre él” (S.E., XIV, p 177). Así al parecer el afecto y la representación necesitan viajar juntos para mantenerse separados.

ix La existencia de la ansiedad es importante aquí como una excepción porque orilló a Freud a considerar un caso extremo: que una cuota de energía afectiva haciendo erupción desde el inconsciente y sobre el consciente, sin pasar por el sistema perceptual. Es decir, la aterradora presencia de una fuerza desconocida interrumpiendo tu relación con el mundo.

*Green nos aclara aquí que el término “sentimientos inconscientes” se genera en realidad a partir del error de asumir que la distinción consciente/preconsciente guarda las mismas implicaciones para los procesos afectivos que para los procesos representativos. El vato aclara: “la diferencia es que, mientras que con las *ideas* inconscientes los links deben ser creados antes de que puedan ser traídos al consciente, con los *sentimientos*, que se transmiten directamente, esto no ocurre. En otras palabras: la distinción entre consciente y preconsciente no tiene ningún significado que le preocupe a los sentimientos, el preconsciente aquí se retira

-y los sentimientos son conscientes o inconscientes. Incluso si están vinculados a presentaciones-del-mundo, su devenir consciente no se debe a esas circunstancias, sino que devienen directamente” (S. E., XIX, pp. 22-3). Total, que al afecto le da un poco igual la estructura que ordena al raciocinio, el afecto navega sus partes, pasa como volando por encima sin tener que driblar vericuetos, su orden es otro

xi Aquí no he ni comentado lo concerniente a la relación del afecto con el problema del Edipo, el problema económico del masoquismo, la negación, el fetichismo, la división del ego en el proceso de defensa, los apuntes sobre la ansiedad (neurosis, represión de la libido, la ansiedad y el aparato físico); aunque tampoco hay ahí nada que comprometa la lógica que Green plantea de sus etapas de manera general, si hay desarrollos particulares que forman parte de la historia del afecto pero que no nos da el espacio pa’ incluir aquí

xii Si quieres enterarte con mucho más detalle de los desarrollos en teoría del afecto dentro de la tradición psicoanalítica siempre está primero el clasiqúisimo de Andre Green (1999) “*The Fabric of Affect in the Psychoanalytic Discourse*” que además de mapear los desarrollos teóricos sobre el afecto en la tradición psicoanalítica anglohablante también ofrece una revisión de la tradición psicoanalítica francesa, está también “*Psychoanalytic Theories of Affect*” de Ruth Stein (1991) que hace un recorrido que comienza con Freud pero después revisa autores como Jones, Brierley, Glover, Klein, Bion y Sandler al igual que la relación que el afecto ha tenido con conceptos clave de la teoría psicoanalítica como el ego, los objetos y las posiciones. Finalmente, Mikkel Borch-Jacobsen (1993) escribió “*The Emotional Tie: Psychoanalysis, Mimesis, and Affect*” que contiene una revisión teórica devastadoramente profunda y lleva los insights de Freud al siguiente nivel pa darle al afecto el rol central que Freud nunca le dio.

^{xiii} Se sabe que el interés de Lacan estaba en el rol del lenguaje en el desarrollo de la subjetividad, y no estaba muy preocupado por las agitaciones del cuerpo. En su seminario sobre Freud dijo: “Lo que dije por el contrario sobre el afecto, es que no está reprimido... está desatado, va con la corriente. Uno lo encuentra desplazado, enloquecido, invertido, y metabolizado, pero no reprimido. Lo que está reprimido son los significantes que lo atan” (Lacan, 1995). Aparte de eso Lacan no ofreció una teoría del afecto, pero se puede extraer de su trabajo sobre la significación y la subjetividad, que el afecto se puede entender como los artefactos inefables de la vida ajustados al dominio al que Lacan se refiere como “lo real”. El afecto, entendido como el “otro” en el trabajo de Lacan llena el espacio entre lo que es y lo que es deseado y es articulado a través del orden simbólico (Lacan 2020). En su estado más fundamental los afectos son generados en el flujo entre la percepción de la ausencia y la completud del deseo. Pero de nuevo, mírate a Soler para una explicación exahustiva y detallada de los insights sobre el afecto en la obra de Lacan.

^{xiv} De hecho, sus contribuciones a la teoría del afecto están en tres tomos de su obra “*Affect, Imaginary Consciousness*”

^{xv} Algunos de sus fans como el Adam Frank y la Elizabeth Wilson (2020) han señalado que la teoría es notable por contradecir los principios del conductismo, psicoanálisis y (eventualmente) el cognitivismo para formular una teoría provocadora, además de recoger influencias de campos diversos como la teoría cibernética y de los sistemas, el psicoanálisis, la neuropsicología, las teorías del aprendizaje, la etología y los estudios de la percepción y la cognición. A ver si no le quedó muy cargada la mezcla. Adam Frank tiene reputación como fan de Tomkins, fue el coautor de “*Touching Feeling*” y “*Shame and its sisters*” junto con Eve Sedwick inaugurado la tradición influenciada por Tomkins, y posteriormente escribió “*A Silvan Tomkins Handbook. Foundations for Affect Theory*” en coautoría con Elizabeth Wilson que es una fuente principal para la escritura de esta sección y en el que ofrecen una revisión exhaustiva del trabajo de Tomkins y secciones especiales sobre los vínculos de su pensamiento con Darwin y Espinoza que son muy importantes para les interesades en los estudios del afecto. Además, varios de los chismes sobre la desgracia que ha sido Paul Ekman para la psicología están bien documentados en ese texto.

^{xvi} Si lo piensas un momento, los impulsos son muy específicos en las directrices que plantean “proporcionan información precisa sobre dónde actuar, cuándo actuar, qué hacer, y las cosas a las que deberíamos ser responsivos”. (Frank y Wilson, 2020, 16). Esto quiere decir que si te da hambre sabes que es en la boca dónde se arregla el problema, sabes qué tan urgente es la necesidad, sabes perfectamente que lo que has de hacer es comer, y tampoco te queda duda de que lo que has de comer es comida. El impulso deja certezas. Los afectos en contraste no obedecen ninguno de estos parámetros de especificidad. Más bien son más generales y ambiguos que nada. Hay usualmente mucha menos claridad sobre los afectos -sobre qué son, cuántos hay, dónde están, o qué has de hacer para aliviarlos. Si el impulso deja certezas el afecto deja incertidumbres. Esto es lo que Tomkins llama la generalidad de los afectos.

^{xvii} Conoces al Paul Ekman porque quizás viste la serie “*Lie to me*” producida por Samuel Baum, alumno de Ekman que pagó todos sus cursos en expresiones microfaciales y contrató a Ekman para asesorar la idea del show. La serie apesta, se trata de un tal Dr. Cal Lightman que tiene la sorprendente habilidad de saber cuando la gente está mintiendo, basándose únicamente en sus expresiones faciales y resuelve casos y así. Si no te suena Ekman de *Lie to me*, seguro que te suena de “*InsideOut*”, la famosísima producción de Pixar que presenta a Raily y sus emociones: alegría, tristeza, ira, asco y miedo, todas emociones básicas de Ekman (a la peli le falta “sorpresa” pero Pixar pensó que seis eran muchos personajes para les niños). Incluso *InsideOut 2*, la secuela, se ha proclamado la película animada más vista de todos los tiempos, consolidando la idea de las emociones básicas como sentido común, al menos entre consumidores. Las tres producciones están basadas en las ideas infantiles de Ekman sobre la relación entre las emociones y el cuerpo, de ahí lo conoces.

^{xviii} Fue el “What and Where are the Primary Affects? Some Evidence for a Theory” de 1964, escrito en coautoría con Robert McCarter.

^{xix} Diversos textos que narran las fuentes de inspiración del giro afectivo meten a Tomkins en el costal neo-Darwinista, por ejemplo Gregg y Seighworth (2010), Greco y Stenner (2008), Blackman 2012, las críticas de Ruth Leys (2012) o de Cromby y Willis (2016); incluso yo mismo cometí el gesto de principiante de no leer con cuidado a mis autores y en “El Giro Afectivo” (2013) claramente lo presento como un neo-Darwinista cuando no lo es. Para una lectura mucho más cuidadosa de Tomkins siempre están ahí Sedgwick y Frank o Frank y Wilson en cualquiera de los textos que aquí cito, juntos o por separado, ellos si le saben.

^{xx} La relación entre el papel adaptativo de la biología en la teoría de la evolución y la vida afectiva se piensa generalmente como un asunto de determinismo de la primera sobre la segunda; esta premisa lleva a quienes sostienen esta posición a deducir que las emociones son homogéneas entre la población humana, o universales, como le gusta a los neo-Darwinianos. Según esta posición hay un pequeño grupo de respuestas emocionales básicas en los humanos que han sido heredadas de nuestros ancestros animales. El neurocientífico Jaak Panksepp (1998, Panksepp y Biven, 2012), por ejemplo, nombra siete sistemas afectivos, búsqueda, miedo, ira, pérdida, cuidado, pánico/duelo, juego. Y localiza la condición de posibilidad de estas emociones en unas cuantas onzas de tejido cerebral subcortical que los humanos poseemos, a diferencia de otros mamíferos y que representan el fundamento de nuestra vida emocional. Estas llamadas emociones básicas anclan las mentes humanas al pasado animal distante, son compartidas por todos los miembros de la especie *Homo Sapiens*, y son seguramente (e involuntariamente) desatadas por los mismos tipos de estímulo. Tomkins no comparte esas ideas. Él notó, con particular énfasis, que Darwin tomó la cara como el lugar para la expresión o representación de las emociones, más que, como Tomkins quisiera que lo viéramos, el lugar de la producción de las emociones. Más que una vuelta ingeniosa al proceso de producción de las emociones, con este cambio Tomkins niega la transmisión filogenética que es uno de los principales fundamentos de la teoría de la evolución y su consecuente extensión al neo-Darwinismo.

^{xxi} Ahí empezó una revolucioncita neurocientífica que coqueteó bastante con el afecto al principio, aunque luego no se formalizara la relación, igual siguen dándose sus revolcones de vez en cuando. ¡Ojo! No era cualquier neurociencia, era una que sí traía con qué. Por ejemplo, Antonio Damasio (2003, 2010) y su gesto fundante de una neurociencia desprendida de sus bases filosóficas científicas que positivistas. Al Damasio se le ocurrió que si hacíamos una neurociencia basada en la filosofía de Spinoza tendríamos más elementos para una teorización procesual en lugar de una determinista. Gente como LeDoux (2003) se empeñó en definir los circuitos fisiológicos específicos que participan de la actividad emocional, por ejemplo, sus trabajos sobre el miedo intentan una descripción exhaustiva del engranaje de las terminaciones nerviosas, las zonas cerebrales y glándulas involucradas en la experiencia del miedo y ha convertido esa aproximación en una comprensión general del cerebro como un artefacto emocional (LeDoux 2015). La excepción de esta tendencia sería la neurofilosofía y exponentes como Catherine Malabou (Malabou 2008, 2009; Bhandar y Goldberg-Hiller 2015) que ejerce una neurociencia teórico-filosófica-especulativa interesada en teorizar el problema de la capacidad de ejercer agencia sobre nuestros cerebros en tiempos en que su agenda autoprecarizadora está dictada desde TikTok e Instagram. Si te interesa saber más sobre cómo se han estado relacionando las ciencias sociales y las neurociencias te conviene mirar “Social Science and Neuroscience beyond Interdisciplinarity: Experimental Entanglements” de Des Fitzgerald y Felicity Callard (2014), ahí hacen una revisión de cómo las neurociencias han sido utilizadas en las ciencias sociales con diferentes grados de éxito.

^{xxii} ¡Aguas!, Ya vas a ver que en esta sección me refiero a la psicología crítica en general y a la psicología social crítica en específico, como una expresión particular de esa psicología crítica, y aunque casi todos los autores que cito en esta parte son construccionistas, no se puede reducir la psicología crítica a la psicología social construccionista -se apellide o no crítica-. Para una revisión detallada de ocho expresiones de la psicología crítica en el panorama contemporáneo, mucho más extensa que el construccionismo, mírate “Psicología Crítica” de David Pavón Cuéllar (2018).

^{xxiii} John Cromby y Martin Willis (2016) son psicólogos críticos que, inspirados en las críticas de Leys elaboran lo que en la psicología se presenta como alternativas a los errores de los estudios del afecto y que también es sintomático del rechazo a los postulados del afecto (i.e. Moreno y Stenner 2013), y por eso se merecen un par de líneas aquí. Cromby y Willis responden directamente a los argumentos de Leys, toman algunas cosas, niegan otras, hacen su propuesta y nos dejan más o menos igual. Según ellos la crítica del dualismo no hace falta porque la separación conceptual no implica necesariamente sistemas opuestos o independientes. Juntas, pero no revueltas. Ellos proponen una comprensión del afecto como encarnado, encapsulando las intensidad preconscientes que conocemos, pero considerándolas como necesariamente situadas. Esto resulta en un afecto formado por las dinámicas relacionales materiales, culturales del momento. Ósea, que el afecto aquí sería psicosocial por naturaleza. Para facilitar esto, Cromby y Willis (2016) sugieren un modelo integrativo con los sentimientos como el estado intermedio (entre afecto y emoción). El sentimiento es el estado subjetivo informado por la emoción y el afecto. Esto conecta la creación de significado y la intencionalidad dotada al sujeto humano con agencia de la psicología mientras que miran también a la agitación material del cuerpo. Al Cromby y al Willis se les olvida lo social de su psicología y les interesa su categoría de sentimiento principalmente porque les permite tratar el afecto como un fenómeno individual, es decir, para ellos importa el afecto en la medida en que el SSS puede acceder a él y otorgarle sentido. Pos' claro, si no, no es psicología. ^{xxiv} La que si intenta algo diferente es Valerie Walkerdine (2010), ella pone distancia con las aproximaciones individuales al afecto porque no tiene una posición construccionista sino psicoanalista. Está interesada en cómo se produce el afecto colectivo a través de la memoria compartida y la transmisión del afecto entre grupos. Ella argumenta por un sentido del ser social, basándose en la tradición Bergsoniana del afecto para permitir la renegociación del tiempo y el espacio. En este contexto, el afecto se vuelve explícitamente una fuerza relacional, promoviendo la cohesión social y el intercambio de prácticas, comportamientos y sentimientos comunes. Con esta cohesión y la creación de atmósferas subjetivas compartidas, ella argumenta que la afección compartida interfiere con la cohesión continua. En su trabajo con comunidades metaleras deindustrializadas describe la centralidad del afecto de la siguiente manera "Quiero argumentar la centralidad del afecto en la comprensión de cómo la gente que comparte una localidad puede permanecer unida, en otras palabras, cómo los seres comunales trabajarían y cómo las interrelacionalidades (..) pueden ser entendidas como, entre otras cosas, afectivas. Estas interrelaciones pueden ser entendidas como fenomenológicamente como acciones, movimientos, sentiminetos, objetos, lugares y vínculos intersubjetivos. (...) Así que cuando pregunto cómo es que la gente permanece unida, deseo partir de aproximaciones psicoanalíticas que piensen sobre la noción de contención corporal" (Walkerdine y Jimenez 2012, 51). Aquí hay una diferencia sustancial con las otras aproximaciones elaboradas desde la psicología crítica, y es que la Walkerdine habla con gente sin tomar sus palabras como una explicación ontológica de los eventos materiales, más bien como un recurso para teorizar como esas "acciones, movimientos, sentimientos, objetos, lugares y vínculos" participan del plano fenomenológico apuntalando esa "contención corporal". Teorizar esa relación corpórea es el centro de su trabajo y no explicar cómo la gente la dota de un sentido.

^{xxv} Tenía ganas de ponerle a esta sección "aportes del estudio del afecto a la psicología", porque como todo sujeto del capitalismo racial tengo la tendencia a pensar que la producción positiva debería ser el fin de la actividad humana. Esta tendencia se encarna especialmente en la figura del psicólogo, agente último de la individualización y promotor máximo de los valores del capitalismo. Hace años que me da asquito ese término, psicólogo, el dispositivo más sofisticado del capitalismo racial, como moreno provinciano, hijo de madre soltera, colonizado, opto por una posición anarco intelectual, pensador, jamás psicólogo, no puedo permitirme fortalecer el aparato de la psicología, disciplina a la que culpo por algunas de las tragedias más grandes de la humanidad. Entiendo a la banda que apuesta por intentar una psicología crítica, mucho respeto pa' quienes hacen de eso un trabajo serio y comprometido (aunque me causen sospecha sus pieles tan blancas). No es para mí. Yo creo que el esfuerzo de salvar a la psicología no vale la pena por ningún lado y prefiero apostarle a su desaparición. Aunque pasé por pensar que se podía hacer una psicología crítica, o decolonial, o anti- capitalista, ya no paso más por ahí.

Nomás paso por acá a alborotar el gallinero pero me voy en seguida. Además, las mejores expresiones de la psicología crítica que he visto no parecen psicología, ya no lo son, su propio campo les hace el feo por no estar alienados. Yo creo que la crítica a la psicología y/o la psicología crítica, cuando se logran que es casi nunca, deberían llamarse de otro modo.

Referencias

- Anderson, B. (2014). *Encountering Affect*. Ashgate Pub Co.
- Berlant, L. (2011). *Cruel Optimism*. Duke University Press.
- Berlant, L. y Stewart, K. (2019). *The Hundreds*. Duke University Press.
- Berlant, L. (2012). *Desire/Love*. Punctum Books.
- Bhandar, B. y Coldberg-Hiller, J. Eds. (2015). *Plastic Materialities. Politics, Legality, and Metamorphosis in the work of Catherine Malabou*. Duke University Press.
- Blackman, L. (2007). Feeling F.I.N.E. Social Psychology, Suggestion and the Problem of Social Influence. *International Journal of Critical Psychology*, 21, 23-49
- Blackman, L. (2008). Affect, Relationality and the “Problem of Personality”. *Theory, Culture & Society*, 25(1), 23-47.
- Blackman, L. (2010). Embodying Affect: Voice-hearing, Telepathy, Suggestion and Modelling the Non-conscious. *Body & Society*, 16(1), 7-28.
- Blackman, L. (2012). *Immaterial Bodies*. SAGE.
- Blackman, L. (2014). Affect and Automaticity: Towards an Analytics of Experimentation. *Subjectivity*, 7(4) 362-284.
- Blackman, L. (2019). *Haunted Data*. Bloomsbury.
- Blackman, L. y Cromby, J. (2007). Affect and Feeling. *International Journal of Critical Psychology*, 21. 1471 7646
- Blackman, L., J. Cromby, D. Hook, D. Papadopoulos, and V. Walkerdine. (2008). Creating Subjectivity. *Subjectivity*, 22: 1-27.
- Blackman, L., and C. Venn. (2010). *Affect*. *Body & Society*, 16(1): 7-28.
- Brennan, T. (2004). *The Transmission of Affect*. Nueva York: Cornell University Press.
- Broch-Jacobsen, M. (1992). *The Emotional Tie*. Stanford: Stanford University Press.
- Brown, P. y Reavey, P. (2015). *Vital Memory and Affect*. Londres: Routledge.
- Brown, S. y Stenner, P. (2009). *Psychology without foundations*. Londres: SAGE.

- Brown, S. y Tucker, I. (2010). Eff the Ineffable: Affect, Somatic Management, and Mental Health Service Users. In Gregg and Seigworth, Eds. *The Affect Theory Reader*. Nueva York: Duke University Press. Pp 229-249.
- Brown, S, Kanyeredzi, A., McGrath, L., Reavey, P., y Tucker, I. (2019). Affect theory and the concept of atmosphere. *Distinktion: Journal of Social Theory*, 20(1), 5-24.
- Clough, P. (2008). The Affective Turn. Political Economy, Biomedica and Bodies. *The Theory, Culture and Society*, 25(1), 1-22.
- Clough, P. (2018). *The User Unconscious*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Clough y Halley (2007). *The Affective Turn*. Nueva York: DUKE University Press.
- Clough, P. y Willse, C. (2011). *Beyond Biopolitics*. Duke University Press.
- Cromby, J. y Willis, M. (2016). Affect—or feeling (after Leys). *Theory & Psychology*, 26(4), 476-495.
- Cvetkovich, A. (2012). *Depression. A Public Feeling*. Nueva York: Duke University Press.
- Damasio, A. (2003). *Looking for Spinoza: Joy, Sorrow, and the Feeling Brain*. Harvest.
- Damasio, A. (2010). *Self Comes to Mind: Constructing the Conscious Brain*. Nueva York: Vintage Books.
- Enciso G. y Lara A. (2014). La precuela del giro afectivo. *Athenea Digital*. 14, 1, 263-288
- Ellis, D. y Tucker, I. (2015). *Social Psychology of Emotion*. SAGE.
- Ekman, P. Wallace, F. and Silvan, T. (1971): Facial Affect Scoring Technique: A First Validity Study. *Semiotica*, 3(1), 37– 58.
- Ekman P, Friesen W (1978). *Facial Action Coding System: A Technique for the Measurement of Facial Movement*. Palo Alto: Consulting Psychologists Press.
- Fanon, F. (1952) *Black Skin, White Mask*. Grove Press.
- Frank, A. y Wilson, E. (2020) *A Silvan Tomkins Handbook. Foundations for Affect Theory*. University of Minnesota Press.
- Freud, S. (2001) *The Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (known as the Standard Edition, abbreviated to S.E.). Londres: Hogarth Press and the Institute of Psycho Analysis. Vol. I-XXIV.
- Freud, S. (1915) *Papers on Metapsychology*, S.E., XIV, pp. 152, 156.
- Freud, S. (1966). *Project for a scientific psychology*. S.E., I, pp. 283-397.
- Freud, S. (1981). *The Interpretation of Dreams*. S.E., X, pp 116.

- Green, A. (1999). *The fabric of affect in psychoanalytic discourse*. Routledge.
- Greco, M y Stenner, P. (2008). *Emotions A Social Science Reader*. Routledge.
- Gregg, M. y Seigworth, G. (2010). *The affect theory reader*. Duke University Press.
- Gibbs, A. (2002). Disaffected. *Journal of Media and Cultural Studies*, 16(3), 335-341.
- Gibbs, A. (2010). After Affect: Sympathy, Synchrony, and Mimetic Communication. In Greeg and Seicworth Eds. *The Affect Theory Reader*. Duke University Press. Pp. 186-205.
- Harré, R. (1986). *The Social Construction of Emotions*. Blackwell.
- Hemmings, C. (2005). Invoking Affect, Cultural Theory and the Ontological Turn. *Cultural Studies*, 19(5): 548-567.
- Hochschild, A. (1990). Ideology and Emotion Management: A perspective and path for future research. En Theodore Kemper (Ed.), *Research agendas in the sociology of emotions*. Nueva York: SUNY Press
- Holloway, W. (2012). Rereading Winnicott's "Primary Maternal Preoccupation" *Feminism & Psychology*, 22(1)pp.20-40.
- Jaggar, Alison (1989). Love and knowledge: Emotion in feminist epistemology. *Inquiry: An Interdisciplinary Journal of Philosophy*, 32(2), 151-176
- Johansen, J. (2018). *Psychoanalysis and Digital Culture: Audiences, Social Media, and Big Data*. Routledge.
- Klein, M. (2002). *Envy and Gratitude and Other Works, 1946-1936*. The Free Press.
- Laplanche, J. y Pontails, J. (2018). *The Language of Psychoanalysis*. Routledge.
- Lara, A. (2012). *Guiños de seducción entre afecto y significado*. Tesis doctoral Universidad Autonoma de Barcelona.
- Lara A. (2015). Teorías Afectivas Vintage. Apuntes sobre Deleuze, Bergson y Whitehead. *Cinta de Moebio*. 52, 17-36
- Lara, A. (2018). Craving Assamblages. *Capacious Journal for Emerging Affect Inquiry*. 1(2),38-57.
- Lara, A. (2017). Wine's Time. Duration, Attunement and Diffraction. *Subjectivity*, 10 (1), pp. 104-122.
- Lara, A. (2020). Mapping Affect Studies. *Athenea Digital*. 20(2), 1-18. Lara, A. (2021a). *Digesting Reality*. Routledge.
- Lara, A. (2021b). Manifesto for Experimental Writing. *Awry Journal of Critical Psychology*. 2(1), 86-98.

- Lara, A. (2021c). The Politics of Sensibility and the Colonization of Gender (a.k.a. Man hate Women). En Macón, Solana y Vacarezca Eds. *Affect, Gender and Sexuality in Latin America*. Palgrave Macmillan. Pp. 109-126.
- Lara, A. (2025) *My Korean Forward*. Prefacio de la traducción al coreano del Special Issue: Mapping Affect Studies. 도서출판 갈무리 (Galmuri Publisher).
- Lara, A. Liu, W., Ashley, C., Nishida, A., Liebert, R., and Billies, M. (2017). Affect & Subjectivity. *Subjectivity*, 10(1), 30-34.
- Lara, A. y Enciso G. (2013). El Giro Afectivo. *Athenea Digital*, 13, 3, 101-119.
- Lara A y Enciso G. (2014). Ciencia, Teoría Social y Cuerpo: Esferas de Articulación en el Giro Afectivo. *Quaderns de Psicologia*. 16(2): 7-25.
- LeDoux, J. (2003). *Synaptic Self*. Penguin Books.
- LeDoux, J. (2015). *The Emotional Brain*. Simon & Schuster.
- Leys, R. (2010) Navigating the Genealogies of Trauma, Guilt and Affect: an interview with Ruth Leys. *University of Toronto Quarterly*, 79(2), 656-679.
- Leys, R. (2011). The turn to affect: A critique. *Critical Inquiry*, 37(3), 434-472.
- Leys, R. (2017). *The Ascent of Affect. Genealogy and Critique*. The University of Chicago Press.
- Liebert, R. (2019). *Psycurity*. Routledge.
- Liu, W. (2017). Toward a queer psychology of affect: restarting from shameful places. *Subjectivity*, 10, 44-62.
- Liu, W. (2020). Feeling Down, Backward, and Machinic: Queer Theory and the Affective Turn. *Athenea Digital*, 20(2), 1-19.
- Liu, W. (2024). *Feeling Asian American: Racial Flexibility Between Assimilation and Oppression*. University of Illinois Press.
- Love, H. (2009). *Feeling Backward. Loss and the Politics of Queen History*. Harvard University Press.
- Lutz, K. y Abu-Lughod, L. (1990). *Language and politics of emotions*. Cambridge University Press.
- Macón, C. (2021). *Desafiar el sentir. Feminismos, Historia y Rebelión*. Omnivora.
- Malabou, C. (2008). *What Should We Do with Our Brain? Perspectives in Continental Philosophy*. Fordham.
- Malabou, C. (2009). *Ontology of the Accident. An Essay on Destructive Plasticity*. Polity.
- Martinez, A. y Lara, A. (2019). Affective Modulation in Positive Psychology's Regime of Happiness. *Theory & Psychology*, 29(3), 336-357.

- Massumi, B. (2002). *Parables for the Virtual*. Duke University Press.
- Mbembe, A. (2009). *Necropolitics*. Duke University Press.
- Milani, T. M. y Richardson, J. (2020). Discourse and Affect. *Social Semiotics*, 31(5), 671-676.
- Panksepp, J. (1998). *Affective Neuroscience. The foundations of human and animal emotions*. Oxford University Press.
- Panksepp, J. y Lucy, B. (2012). *The Archaeology of Mind: Neuroevolutionary Origins of Human Emotions*. Nueva York: W. W. Norton.
- Pavón-Cuéllar, D. *Psicología crítica: definición, antecedentes, historia y actualidad*. México: Itaca.
- Probyn, Elspeth (2000). *Carnal Appetites*. Londres: Routledge.
- Probyn, Elspeth (2004). Everyday shame. *Cultural Studies*, 18(2-3), 328-349.
- Probyn, Elspeth (2005). *Blush: Faces of Shame*. Minneapolis & Londres: University of Minnesota Press.
- Puar, J. (2018). *Terrorist Assemblages*. Duke University Press.
- Sedgwick, Eve & Frank, Adam (1995). Shame in the cybernetic fold: Reading Silvan Tomkins. *Critical Inquiry*, 21(2), 496-522.
- Sedgwick, E. y Frank, A. (1995). *Shame and its sisters: A Silvan Tomkins Reader*. Duke University Press.
- Sedgwick, E. y Frank, A. (2003). *Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity*. Duke University Press.
- Seigworth, G. (2003). *Fashioning a Stave, or, Singing Life*. In Jennifer Daryl Slack Ed. *Animations of Deleuze and Guattari*. International Academic Publishers.
- Seigworth, G. y Pedwell. (2023). *The affect theory reader II*. Duke University Press.
- Soler, C. (2015). *Lacanian Affects: The function of affect in Lacan's work*. Routledge.
- Spinoza B. (1632/1996). *Ethics*. Penguin Books.
- Staiger, J. Cvetkovich, A. y Reynolds, A. (2010). *Political Emotions*. Routledge.
- Stein, R. (1991). *Psychoanalytic Theories of Affect*. Karnac Books.
- Stenner, P. y Moreno, E. (2013). Liminality and affectivity: The case of deceased organ donation. *Subjectivity*, 6 229-253.
- Stern, D. (1985). *The Interpersonal World of the Infant*. Basic Books. Stern, D. (2010). *Forms of Vitality*. Oxford University Press.

- Stearns, P. y Stearns, C. (1985). Emotionology: Clarifying the History of emotions and emotional standards. *The American Historical Review*, 90(4), 813–836
- Steward, K. (2007). *Ordinary Affects*. Duke University Press.
- Szanto, T & Landweer. R. (2020). *The Phenomenology of Emotions*. Routledge.
- Tomkins, Silvan. (1962). *Affect Imagery Consciousness: Volume 1. The Positive Affects*. Nueva York: Springer.
- Tomkins, Silvan. (1963). *Affect Imagery Consciousness: Volume 2. The Negative Affects*. Nueva York: Springer.
- Tomkins, Silvan. (1991). *Affect Imagery Consciousness: Volume 3. The Negative Affects: Anger and Fear*. Nueva York: Springer.
- Walkerdine, V. (2007). *Children, Gender, Video Games: Towards a Relational Approach to Multimedia*. Palgrave Macmillan.
- Walkerdine, V. (2010) Communal Beingness and Affect: An Exploration of Trauma in an Ex- industrial Community. *Body and Society*, 16 (1): 91–116.
- Walkerdine, V. y Jimenez, L. (2012). *Gender, Work and Community After De-Industrialisation. A Psychosocial Approach to Affect*. Palgrave Macmillan.
- Wetherell, M. (2012). Affect and Emotion. A new social social understanding. SAGE. Wetherell, M. (2013). Affect and discourse –What’s the problem? From affect as excess to affective/discursive practice. *Subjectivity*, 6(4), 349–368.
- Wetherell, M. (2014). Trends in the Turn to Affect. *Body & Society*, 21(2), 139–166.
- Wetherell, M., McCreanor, T., McConville, A., Barnes, H. M., Grice, J. (2015). Settling space and covering the nation: Some conceptual considerations in analysing affect and discourse. *Space and Society*, 16, 56–64.
- Winnicott, D.W. (1971) *Playing and Reality*. Londres: Tavistock.
- Wierzbicka, A. (1992). Defining emotion concepts. *Cognitive Science: A Multidisciplinary Journal*, 16(4), 539–581.